

Cuentos... no sé de dónde

Lupita Arciga



Image not found.

Capítulo 1

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

En el parque

Desde donde estoy siempre lo veo pasar. Con una guitarra al hombro y una carpeta azul. A la misma hora y con la misma ansiedad, con la misma inquietud. Andar firme y su rostro iluminado como por el sol. ¿Qué será lo que atesora en esa vieja carpeta azul? ¿Serán sus ilusiones? Quizás, ¿mil noches de insomnio, amores, desamores, realidades, fantasías, convertidas en una canción?

Tal vez cuente la historia del día. De cómo Isabel, la loca, fue perdiendo la razón. O quizás le cante a un niño, que andrajoso y por la calle anda en busca de esperanza, de un trozo de pan, o de un poco de amor.

Tal vez le cantará al amor. Ese que cada mañana lo despierta con un beso. Que vive para mirarse en sus ojos, mar de cielo; que canta con su sonrisa y se enreda entre sus brazos para sentir el abrazo de su corazón poeta. Corazón enamorado.

Me emociona verlo pasar. Me contagia de su vida, de sus ganas de alcanzar sus sueños y anhelos. A veces se toma un momento para saludarme y mirarme largamente. Nunca dice mucho. Sólo desvaríos, como él mismo se justifica. Ideas que se le enmarañan, pero promete ordenar y contarme sobre ellas alguna otra ocasión.

Quisiera tener una idea de cuántos han dicho y prometido lo mismo, pero jamás vuelven. Es que no soy realmente importante para nadie. Soy sólo una ninfa, que con un jarrón entre sus manos, vierte agua a una vieja fuente mientras mira a cuantos pasan. Mis formas se han desgastado por las inclemencias del tiempo, los años y el descuido de quienes pasean por éste parque.

Cae la tarde. La noche. Amanece. Con su guitarra al hombro y su vieja carpeta azul, él pasa como siempre a la misma hora.

Capítulo 2

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Paranoia

Esa fue la última noche que pasé con ella. El huracán comenzó a golpear aquella parte de la costa, apenas se perdieron en el horizonte los rayos del sol. Yo no tenía temor alguno. La casa era tan resistente como el mismo peñón en el que había sido edificada, doscientos años atrás. En cambio, Lucía iba de un sobresalto a otro desde el mismo momento de entrar a la casa. Tuvo un respingo que me tomó por sorpresa, como si de pronto, alguien o algo saltara sobre ella. El silbido del viento crispaba sus nervios; decía que gemía, anunciándole una tragedia. Iba de un lado a otro, cubriendo todos los espejos con sábanas: su madre siempre le dijo que atraían los rayos. Me guardé de hacer broma cualquiera o reírme delante de ella: bien conocía lo susceptible que era.

La energía eléctrica se cortó antes de la cena y compartimos la mesa, rodeados de velas y lámparas de aceite. Ambiente que en otro momento habría sido romántico y erótico, pero debido a la tormenta resultaba más bien misterioso; lúgubre.

El fuerte viento abrió la puerta principal. Un remolino húmedo y frío que arrastraba hojas de árboles, restos de basura, apagó todas las velas de la mesa. El grito posterior de Lucía me levantó de mi asiento. Tuve que correr para cerrar la puerta y volver, de igual manera a su lado para tranquilizarla. Noches de tormenta como aquella no eran precisamente sus favoritas.

Jamás la vi tan fuera de sí como esa vez. La lluvia contra los cristales le parecían garras afiladas; los sonidos característicos de la casa: crujidos, golpes de alguna ventana que quedó abierta, los consideraba provocados por espíritus en pena que nos acechaban. Ninguna de mis explicaciones le satisfacía.

Nunca debí llevarla a la casa. Su paranoia era tal, que de alguna manera comenzó a influir en mí.

Afuera, el huracán retomaba fuerza. Mientras reforzaba las ventanas con cinta aislante y apuntalaba puertas, tuve la muy clara sensación de que alguien me observaba a mis espaldas. Sin embargo, al mirar sobre mi hombro, nadie estaba cerca.

Lucía continuaba en la sala, caminando de un lado a otro; pasando sus finas manos por sus blanquísimos brazos. Era extraño, casi podía escuchar el roce de sus palmas sobre su piel y eso me causaba inquietud.

Me tumbé sobre el sofá, ante la chimenea encendida. Las llamas que abrasaban los leños bailaban bajo el influjo de una muda melodía. Los zapatos de Lucía, con ese ligero arrastre sobre el piso, asonaban en mis oídos. Debí llamarla a mi lado y charlar de lo que fuera, pero no tenía ganas de hacerlo realmente. Prefería conversar con el fuego de la chimenea.

Un pavoroso trueno detuvo por un segundo nuestros corazones. Lucía enloqueció. Yo enloquecí. El fuego en la chimenea saltó a mi cuerpo, seduciéndome, embriagándome con esa, su música sorda.

Corrí tras Lucía, maldiciéndola; gritando se callara. Una rama se desprendió de un árbol, golpeando con estrépito la ventana. La lluvia de vidrios que estalló me vedó el paso momentáneamente. La cortina, humedecida por la fría lluvia chicoteaba. Al fondo, Lucía no dejaba de gritar que los demonios habían sido liberados.

Empuñé con rabia el pedazo de cristal que levanté del piso, sin sentir que cortaba mi mano. Fui tras ella, poseído aún de aquel fuego interno. Solo hacia un lugar podía dirigirse Lucía: el ático.

Tenía semanas en remodelación. La tercia de ventanales aún no habían sido instalados y estaban protegidos únicamente por mamparos de plástico. El viento los sacudía y chorros de agua se colaban e inundaban la amplia pieza, destinada a convertirse en mi estudio.

A la entrada estaban apiladas una buena cantidad de maderas finas, con las que revestirían techos y pisos. No corrían peligro: se hallaban bien atados y envueltos en lonas impermeables. Con la humedad, los aromas de las ricas maderas eran doblemente intensos y quemaban, mis fosas nasales, como si de una droga letal se trataran. Y sus resinas avivaron el fuego que me invadía.

Recorrí con la mirada la gran pieza. Ella no se veía por ninguna parte, pero no podía estar en otro lado. A pesar del viento que corría libremente, yo sentía cómo gruesas gotas de sudor resbalaban por mi rostro.

Por fin descubrí a Lucía en un rincón. Abrazaba con fuerza sus rodillas, balanceándose atrás y delante, susurrando incoherencias que apenas podía descifrar. Una voz dentro de mi cabeza me pidió entonces que la matara o terminaría volviéndome loco. Ni siquiera puse en duda aquella absurda y grotesca petición. Fui junto a Lucía, la sujeté del cabello, volviendo hacia atrás su cabeza y con el pedazo de vidrio que llevaba en

la otra mano, la degollé.

Ni siquiera gimió o balbuceó alguna súplica. Fue... como si se ofreciera en sacrificio. Dejé caer el vidrio y tomé en mis brazos el cadáver. El viento había menguado considerablemente al salir por uno de los ventanales. La lluvia seguía cayendo y lavó el horrible tajo en la garganta de Lucía. Estaba demasiado bella, así, tan callada y tan tranquila.

Llegué hasta la balaustrada de la pequeña terraza en el ático y miré abajo el mar embravecido, golpeando la base del peñón. Toqué apenas con mis labios aquellos fríos de ella y la dejé caer contra las indomables olas.

Bajé de regreso a la sala, tan frío y sereno como los cimientos de aquella casa. Ya no había nada más en ella y sin embargo, me sentía acompañado.

La chimenea se había apagado. Removí las cenizas con el atizador, pero ni siquiera un pequeño rescoldo humeaba. Me invadió entonces una agonizante desesperación. Deseaba de regreso esas cálidas llamas, sus voces suaves hablando quedo junto a mi oído; deseaba ser abrasado por ellas. Clavé el atizador entre las cenizas, rasgando el fondo, ansioso porque brotara el fuego. Rasgué y rasgué las entrañas del hogar, febril, nervioso, a punto del desquiciamiento total.

Oí que alguien estaba en la puerta principal. Empuñando con decisión el atizador me levanté. Me dirigí a la puerta para saber quién llegaba y se atrevía a interrumpir mi locura.

Introduje la llave en la cerradura y abrí la puerta de la casa que heredara de mis abuelos. En la no muy lejana playa, más allá de su horizonte, se levantaban cúmulos negros. Le aseguré a Lucía que no era probable que la tormenta llegara a nosotros y si lo hacía, no había problema. La casa estaba en perfectas condiciones y en doscientos años nunca sufrió daño alguno. Además, yo me encargaría de protegerla, hasta con mi vida misma.

Capítulo 3

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

1

Uno nunca sabe por dónde le va a saltar la araña, causando un susto enorme. Ya estaba con el corazón en un hilo, porque no sé qué pasó con éste aparato del demonio que me dice: "Ha ocurrido un error grave con Word y hay que cerrarlo". Intento cerrarlo y no me deja porque antes debo guardar los datos. Los guardo y el corazón se me hace chiquito al ver un galimatías de letras, signos y números que nada tiene que ver con los relatos que contiene. Pensé que había perdido todo. Pero no. Reinicié a ésta vieja loca y heme aquí, tecleando palabras y engrosando el archivo.

Anoche casi no dormí por la cantidad de ideas que se me vinieron de pronto. ¿Por qué cuando está uno en la cama, próximo a dejarse seducir por Morfeo, surgen las frases e imágenes que buscara durante todo el día y jamás aparecieron? ¿De qué se trata? ¿Un complot de la palabra contra la idea o viceversa? Y lo peor es que no puedo levantarme a escribir, porque el resto de la familia, también lo hace, pensando que me pasa algo. Que me he puesto mal o algo peor. La imaginación nos abraza por generaciones, pero soy la única que la plasma en papel o en la pantalla.

Espero recordar todo el bombardeo, pero si tú lector, tienes alguna sugerencia para que yo no pierda las ideas que me visitan, mientras cabeceo contra mi almohada, te lo agradeceré por siempre.

2

Dos eran los tipos que entraron a nuestro negocio, una noche de domingo a asaltarnos. Aunque traían pasamontañas estoy segura que eran jóvenes. El más alto tenía una pistola en la mano y nos amagó a mi papá y a mí con ella. El otro, un poco más bajo, palmeó como foca amaestrada ordenándome darles el dinero. No nos resistimos. Mansa o mensa, fui a la caja y la abrí, para que él mismo se sirviera. Salieron corriendo, perdiéndose en la boca de lobo, que era en ese momento nuestro barrio.

Perdimos la venta de ese día y la policía nunca dio con los responsables. Seguramente siguen rodando por ahí, esperando la oportunidad de roer el patrimonio de alguien más. Pero, ¿saben qué? En algún momento, ellos van a terminar presos. Privados de la libertad una temporada.

¿Nosotros? Trabajando honestamente todo el día y todos los días. Y sí, es duro. Es real: con el temor de que las ratas de dos patas nos sorprendan de nuevo.

3

Tres tonos únicamente: La, Mí y Re. Una rola sencilla, porque sencilla es la morra que me gusta. Además, todavía no le hallo bien a bien a la guitarra y así nomás le hago al loco. Pero ella se chivea, me mira por encima de sus lentes y eso me pone chinito, chinito. Y me entran ganas de cantarle pegadito al oído, pa' decirle cosas bonitas. Todo lo que me hace sentir, porque ella hace que mi corazón se acelere; que el pecho se me llene de emociones, tan fuertes, que quiero gritar, dar de saltos y hasta salir corriendo como loco. Claro que no lo hago, pero lo escribo en mi cuaderno y trato de ponerle música. Así nomás, con estos tres tonos: La, Mí y Re.

Te quiero, chiquita.

4

Cuatro por cuatro. Compás de compasillo. Mis manos en el teclado. Quiero tocar la pieza y el piano comienza a deshacerse. Saltan las negras y las blancas, como si mis dedos fueran cuñas arrancándolas, pero oigo fuerte y claro los acordes de la hermosa melodía. Miro a mí alrededor: todo se desmorona, como si estuviera hecho con arena. Las paredes se vuelven pequeños tornados parduscos. Devoran los cuadros, las cortinas de la ventana, la estantería con libros, adornos y copas de cristal. El techo, los pisos. Se acerca a mí, pero yo no puedo dejar de tocar el piano. El concierto está próximo, debo practicar. Debo lucir ante mi público. El remolino me alcanza, mis manos se desmoronan; el piano rejuvenece. Percibo el delicioso aroma de la madera; el de las partituras recién editadas y cómo resuena. ¡Vibra como la primera vez!

Yo soy polvo. Yo soy nada.

5

Cinco de la tarde de un día X. Te espero también en X lugar porque no tengo idea de dónde voy a encontrarte. Hace tanto tiempo que te busco. En fin, no me hartó de hacerlo porque sé que te necesito y me necesitas. Corre un viento que me estremece hasta el alma y olvidé mi abrigo. Me estrecho en mí misma. Camino y lo observo todo: el cielo azul, con pincelazos de ocaso; algunas aves aprovechando los insectos de la tarde. El rumor de las hojas en los árboles cercanos, desprendiéndose algunas, haciendo cama y nido para bichos; niños corriendo por las aceras, tras una pelota, tras un amiguito que lo reta a alcanzarlo y esas risas... ¿qué poder tienen que te instigan a reír también? Parejas en bicicleta,

disfrutando la mutua compañía; tomados de la mano, regalándose besos y caricias sanas; haciendo planes para la cercana noche.

Una banca. Me siento. Aspiro profundo. Saco mi cuadernillo. Escribo.

6

Seis cuervos en el alambre. Miran a izquierda y derecha, arriba y abajo. Hurgan en su plumaje en busca de algún bicho, supongo. Graznan. ¡Qué sensación de vacío y soledad provocan sus graznidos! Seis cuervos. ¿Serán pareja? No sé. No distingo entre machos y hembras. Los rayos del sol vetean de azul su plumaje. Son aves curiosas, que los mismo usan ramitas secas desprendidas de los árboles para construir sus nidos, que corcho latas o trozos de vidrios ahumados. Los he visto jugar con las corcho latas: las toman con su pico, suben a la rama de su árbol y las dejan caer; bajan, las recogen y repiten la acción.

Siguen en el alambre, mirando a izquierda y derecha, arriba y abajo. Seis cuervos. ¿Qué esperan?

7

Siete botellas vacías de cerveza contra la pared. Una tras otra. En fila india. Así quería evitar beber de más. El médico, su mujer, sus amigos no paraban de decirle que le hacía daño. Que cuando se embriagaba era otro: impertinente, grosero, abusivo y nadie podía ni siquiera tolerarlo en ese estado. Prometió cambiar, pero debía hacerlo poco a poco. Pian pianito diría su amigo el músico.

Siete botellas contra la pared era su medida. Pero empezaba con la pared de la cocina y seguía con la de la sala, de del pasillo, la de la recámara (interior y exterior); el baño, el cuarto de los niños, la salita de la computadora, el cuarto de su madre, el de lavado, el...

8

Ocho segundos y perdió el control de la camioneta, derrapando sobre la gravilla de calle: golpeó un auto estacionado casi de frente, lo impulsó sobre la banqueta, donde un motociclista paraba con la intención de entregar una pizza en una oficina del tercer piso. El piloto apenas logró escapar del impacto. El chófer siguió sin controlar su camioneta: mandó a volar un hidrante y un grueso chorro de agua brotó con potencia; destrozó un puesto de revistas y dejó sin trabajo a un vendedor de hot dogs al derribar su carrito.

Por fin se detuvo al chocar contra otro auto estacionado: una patrulla de tránsito. Todo en ocho segundos de distracción. Tiempo le va a hacer

falta para pagar los daños.

9

Nueve son las vidas que tiene un gato. Los jugadores de un equipo de beisbol. Las maravillosas sinfonías de Beethoven. Los lados que posee un nonágono. Los ceros que le faltan a mi cuenta bancaria para considerarme millonaria. Nueve, los lunares que he encontrado por tu cuerpo. Nueve, las tortillas de harina que se come mi sobrina, si mi mamá no le quita el paquete a tiempo. Nueve, las veces que tengo que marcar a servicios públicos para que repongan una lámpara fundida (por otra peor). Nueve mi número de calzado en gringo (E.U). ¡Ay! Los besos y abrazos que quisiera de ti todos los días.

Capítulo 4

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Con la pluma en veremos

Siendo exactamente las seis con diez minutos, once en estos momentos, comienzo a escribir. ¿Qué? Voy viendo qué surge por ahí. Afuera, escucho a los chicos de mi barrio, poniéndose de acuerdo para echarse una cascarita en medio de la calle. Sí, en medio de la calle porque los baldíos donde solían y solíamos jugar ya no existen. El crecimiento de nuestra pequeña ciudad se los ha comido. Monstruo devora tardes de juegos. Ya se ha oscurecido, pero para los más chicos ese no es ningún impedimento. Puedo oír los balonazos y a mi pá peleando con ellos, porque en lugar de acertar a la improvisada portería, casi meten gol en su cabeza. Puedo oír también a mi má, con la escoba de rastrillo, barriendo las hojas secas que ha soltado hoy la tabasqueña. El correr del agua regando las plantas. Mi hermana anda por la casa, regañando a la peluzza, nuestra mascota, que trae un escándalo de ladridos porque le urge salir a hacer sus necesidades. A pesar del día, siete de noviembre ya, se sigue sintiendo un ligero calorcito que aún obliga prender por lo menos un abanico. El cielo ostenta algunos manchones oscuros de nubes. La fresca no tarda en llegar y no me estoy refiriendo a alguna persona X, sino más bien a la noche, que se torna cada vez más agradable. ¡¡Gooll...!! Alguien abatió la portería enemiga. Comienza una pequeña discusión. Al parecer el balón tocó poste (en este caso pasó rozando la piedra que sirve de poste). Surgen algunas palabras mal sonantes, que los chicos, los plebes, los niños vaya, dominan mejor que su balón. En fin, se borrará el tanto de la pizarra imaginaria y todos contentos o a medias.

Busco en Internet una imagen que llame mi atención. Que me inspire a dejar brotar palabras. En blanco y negro. Cualquier tamaño. Entretenida en la navegación, oigo ciertos pasos trastabillantes por el portal. Es mi vecina, Mariíta que viene a saludar a la Virgen Guadalupana que mi hermana pintó en la pared. Mariíta, con sus cuarenta y dos años a cuestas, es una niña eterna. Yo no sé bien a bien cuál sea su problema. Un medicamento durante el embarazo de su mamá, alguna falla genética. No sé. Solo reconozco su inocencia, su maravillosa habilidad para recordar fechas, el santo del día y sucesos que ocurrieron mucho tiempo atrás. Es una fiel devota de la Guadalupana. Viene casi a diario. Le hace una pequeña oración a su manera y se despide de ella con sonados besos que le envía con sumo cariño. Hasta mañana, Mariíta.

Sigo en mi búsqueda. Por el momento nada llama mi atención. Nada me inspira a darle vida a un relato nuevo. Imágenes van, vienen, se

multiplican como las semillas del neem por nuestro patio. Nada brota. Nada llega. Cambio de búsqueda. Nuevas imágenes. Ni un chispazo. Los moscos que se colaron a la casa enchilan mis piernas. Cuidado con el dengue me digo a mí misma.

Las seis cuarenta y tres. Pierdo mi tiempo por la red. Las imágenes no han sido mis amigas hoy. Creo que mejor saldré a ver jugar fut a los plebes. Ya escribiré lo que deba más tarde o a media noche quizás, porque una nunca sabe cuándo el antojadizo numen se hará presente.

Hasta otro momento pues.

Capítulo 5

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Media noche

Rodeada de silencio, de oscuridad, el alma se inquieta. Va de vuelco en vuelco ante ruidos desconocidos; crujidos de muebles, de puertas, del techo. Si mira por el rabillo del ojo cree estar a punto de sorprender una sombra grotesca que está ahí para inyectarle malos sueños, pesadillas. Nunca ve nada, pero se convence que no significa que no esté allí. E imagina que en el cuarto de juguetes (de donde escucha también ruidos), los muñecos y muñecas cobran vida; conspiran en su contra para robarle su aliento, su existencia. Por eso se resiste al sueño. Por eso se obliga a estar alerta y escuchar. Escuchar.

Los grillos, las arañas, hasta las misteriosas lagartijas besuconas le tienen sin cuidado. Su inquietud es lo desconocido. Lo que no puede ver ni palpar.

En lo gélido

Viernes por la noche. Con un frío que calaba de manera infame. Abrazada a sí misma, Katy se reñía por no haberse llevado su gorro de lana a la reunión. Sentía que le castañeteaban hasta los dedos de los pies del terrible frío. Caminaba apurada, deseando llegar a casa y saltar a su cama con cobertores. Le ardían las fosas nasales. ¡Oh, decepción! Casi sollozó al no encontrar en la esquina de la plaza, el puesto de churros y champurrado de don Celso. Se dio ánimos para continuar caminando bajo aquella noche fría rumbo a su hogar. Quería divagar sobre la reunión en el círculo de lectura, pero sabía que debía mantenerse alerta. Atravesar la plaza, sola y de noche era riesgoso. Más para una mujer joven como ella. Sentía las orejas frías; que las cejas y las pestañas se le cristalizaban. Se detuvo en seco de repente. ¿Era su imaginación o escuchaba el llanto de un bebé? Seguramente el frío le había llegado al cerebro jugándole una broma. Pero mientras más caminaba, más nítido se le hizo aquel llanto. Luego, junto a una canastilla para la basura vio unos bracitos y unas piernas que se movían constantemente, al ritmo de aquel intenso llanto. No era su imaginación. Realmente se trataba de un bebé. Desnudo con ese frío endemoniado; el pelito negro pegosteadado aún con vestigios de sangre y placenta; el cordón umbilical prendido a su vientre. De inmediato marcó al 066 y las sirenas de ambulancia y patrullas rompieron el

profundo silencio de aquella plaza.

Ambulantes y oficiales de policía corrieron hasta el sitio. Encontraron a la joven Katy, meciendo entre sus brazos al recién nacido, al que había envuelto en su cálido suéter. El bebé ya no lloraba, sino que dormía con el rostro pegado al pecho de la muchacha, arrullado por los latidos de su corazón. Ella, tampoco tenía frío ya.

Perdido

Un papel arrugado lucha por continuar prendido a aquella hierba seca. El viento lo fuerza, arrastra y suplica a la rama no ceder; pero la astilla termina por romperse. Hace malabares con la pequeña hoja y en su silbido parece carcajearse; lo eleva y azota contra el suelo, para que la punta de una laja lo rasgue. Con obstinado aliento lo persigue y tortura hasta aquel canal de riego, donde el agua lo acoge, conminando al aire pasar de largo. El papel se humedece, como las palabras que contiene:

“Perdóname. Yo estaba equivocado. Te extraño. Regresa por favor. Mario”.

Capítulo 6

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Futuro

—¿Entonces?

—Entonces nada. Tú te vuelves a tu casa y yo a la mía.

—Pero dijiste que siempre estaríamos juntos.

—Y ya cambié de opinión. "Siempre" es mucho tiempo y definitivamente contigo, no quiero pasarlo.

—Pero tú dijiste... -el llanto afloró.

—¡Y ahora me desdigo, con un carajo!

Tomó su mochila, su celular y la dejó llorando en la cama de aquel hotel. Tres días que se escapara con él de su casa. Tuvo un horrible "agarrón" con su madre. Le dijo hasta de lo que se iba a morir, segura de que no volvería a verla. Sin dinero. Sin tener a dónde ir, ¿qué sería ahora de ella? La echaron de la habitación y deambuló por las calles oscuras y frías de aquella ciudad que ni siquiera conocía. Se encontró con un tipo que le decían el Chalo. Le habló bonito. Que él podría encontrarle un buen trabajo que le resolvería la vida. Confió y hoy, ella es una de las tantas jovencitas explotadas sexualmente por personas sin escrúpulos.

Su familia sigue esperando su regreso.

Verano

Me gustaría que este calor de más de cuarenta grados pudiera quemar tu recuerdo. Que te volvieras cenizas en mi mente, en mi piel y la suave brisa de las cinco de la tarde te barriera para siempre. Me gustaría y mucho, pero claro, es imposible. No porque este bendito e insoportable calor no pueda con tu recuerdo, sino porque yo no quiero perderte; olvidarte. Si lo hiciera me estaría olvidando también a mí misma o tendría que volver a ser la de antes: la sin recuerdos, la sin ilusiones; la que únicamente veía pasar la vida sin entenderla, sin palparla y sin descubrir su sabor. Tú me enseñaste. Tú abriste mis ojos, mis entrañas. Me enseñaste a escuchar la noche. A dejar de tenerle miedo; a descifrar sus

murmullos y misterios.

Y de pronto te fuiste. Te dejaste llevar por vientos más cálidos y lejanos, seguro que yo comprendería; que ya poseía la madurez necesaria para hacerlo. Pues no. No me acostumbro a despertar cada mañana y no verte a mi lado. A escuchar únicamente la conversación de mí taza de café con la cuchara, los platos, el mantel que cubre la mesa; las paredes frías.

El caos de la ciudad para mí es silencio, navaja filosa rayando mi alma. Hay días en que me cuesta seguir; que tengo el deseo de acabar con todo. Y voy a ese sitio. A ese puente que continúa con su baranda destruida. Y miro durante largos minutos el correr del río; ese río que te llevó consigo. Y lloro. Y grito tu nombre hasta sentir sangrar mi garganta.

Supongo que entonces surge el milagro, la maldición o no sé qué; pero vuelvo a casa. Cansada. Tranquila. Y me siento ante la computadora para escribir estas líneas que no sé si lo digan todo o no digan nada. Las dejo libres por la red para que aquellos que las lean las hagan suyas; las desdeñen, las rían o las lloren (como les de la gana). Yo... ahí se las dejo.

Capítulo 7

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Celada

Esa noche coincidieron todos en la misma esquina. Allí estaban: el turi, el palomo, el dinky, el compadre y el legañoso. Jóvenes, fuertes, temerarios hasta cierto punto. En otro momento serían acérrimos enemigos, pero esa noche en particular eran aliados. El chupacabras se las debía a cada uno. Unidos le darían su merecido. Era una noche clara de octubre. La luna brillaba en todo lo alto y algunas nubes matizadas de blanco y gris le daban marco romántico. Mas esa noche no era de romanticismo. Esa noche olía a venganza. Mientras aguardaban la aparición de su enemigo, los cinco se entretenían derribando botes de basura o midiendo con medida la fuerza de cada quien. Al fondo de la calle vislumbraron la imponente figura del chupacabras. La adrenalina comenzó a bullir. Se refugiaron en las sombras de los árboles, se agazaparon con la quietud del cazador que tiene asegurada a su presa y aguardaron. Se acercaba. Trotando indiferente, mirando de vez en cuando al estrellado firmamento iluminado por la luna. En aquel momento le salió al paso el palomo. No se inmutó. Fueron rodeándolo uno por uno. Y entonces fue que se acobardó. Nadie se decidía a atacarlo. Alguien hizo un movimiento y el turi se echó encima de él precipitadamente. Los demás lo imitaron, iniciándose una verdadera masacre. Algunas luces de las casas vecinas se encendieron. Rostros perdidos entre las cortinas se asomaron para luego regresar a la cama: indolentes. El chupacabras sangraba profusamente del ojo izquierdo. El dinky le fracturó la mano derecha con una tenaz mordida, mientras el resto le arrancaba un pedazo de oreja, una uña, un centímetro de su boca o su lengua. Satisfechos lo dejaron ir y victoriosos lo vieron correr renqueando de dos de sus patas. No volvería a meterse con ellos. Resoplando agotados, rascando la suelta tierra como toros de lidia, los cinco perros volvieron a sus respectivas casas.

Capítulo 8

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Uno

Esa noche supuso sería especial; única. Noche que aguardaba con paciencia —demasiada—, desde hacía casi tres meses. Su vida era simple, sencilla sin más excitación que recibir con puntualidad su cheque de la quincena. Sujeta a una rutina que no tenía modificación desde que empezara a trabajar. De casa a la oficina, de la oficina a casa. Los fines de semana los utilizaba sistemáticamente para realizar actividades previamente enlistadas: ir al súper y comprar lo suficiente para la semana, pasar por la librería y revisar las novedades; comprar si algo le interesaba; si era preciso, renovar calzado y ropa. Volver a casa y asearla de arriba abajo contemplando la aparición de su hermana con su prole, para los que debía cocinar y tolerar sus gritos, peleas y carreras por doquier, como si su hogar fuera un campo deportivo. En ocasiones, junto con ellos llegaba también su madre —a su padre no le gusta salir de casa— con su aire marcial y escrutador. Buscando y encontrando el momento justo para reprocharla que los dejara solos a ella y su padre, para vivir "sola". Y sacudía su corpulenta figura para encomillar tal palabra: "sola". Si buscaba hacerla sentir mal, tenía éxito rotundo. Pero no porque haya afianzado firmemente los pantalones a su cintura sino porque su vida seguía siendo la misma que llevara al estar bajo su techo.

Al irse con sus reproches, alharaca de niños y lloriqueos de esposa con la certeza de que su marido la engaña, la soledad en que la dejaban era extremadamente patente. Entonces podía escuchar los reclamos de las paredes que la rodeaban. Crujiendo burlescas, preguntando dónde estaba esa independencia que había jurado obtener al desprenderse del cordón umbilical, que más bien permanecía enredado a su cuello, asfixiándola con lentitud. ¿Dónde el espíritu aventurero que moraba en su mente, pero no dejaba salir?, ¿dónde la audacia que hervía en su sangre, pero que se congelaba al oír la sirena de una patrulla o una ambulancia? Era demasiado peligroso salir a la calle después de las 7:30. Más para una mujer sola. Y durante bastante tiempo se había confinado a su muy personal prisión, llamada hogar. Pasando sus noches despatarrada en su cama, "reina sin corona", mirando la televisión, imaginándose la protagonista de todas las películas románticas y la heroína de las de acción. Comiendo palomitas de maíz y bebiendo refrescos dietéticos. Se cansaba. Se hastiaba. Necesitaba revolucionar su vida o empacar sus maletas y regresar con sus padres. A la monotonía de toda su vida. La acción se presentó un viernes por la tarde que llegó de su rutinario trabajo. Junto con toda la correspondencia que le era común, encontró

una invitación que escapó de entre las hojas de una revista cultural. Tamaño postal, rosa intenso y con letra gruesa, negra invitaba a la inauguración de un bar para solteros (ambos sexos). Presentando la invitación tenía entrada libre y podía disfrutar de bebidas, bocadillos y baile gratis, además de prometer contacto con hombres y mujeres con igual deseo de encontrar a la pareja ideal. En un principio, la hoja de color no llamó del todo su atención. ¿Un club de solteros? Siempre le había parecido una ridiculez, lo mismo que visitar ciber cafés y chatear con personas que vivían del otro lado del mundo y que muy probablemente no eran sinceras en sus "conversaciones". Pero al día siguiente no se despegaba de ella. Levantaba alguna cosa y ahí estaba, coqueteándole, guiñándole una de sus pestañas; retándola. Preguntando si en realidad era tan valiente como parecía. Después de su gira sabatina por el centro, librerías y algunas tiendas, llegó puntual a su cita con la ducha. Buscando el pijama que se pondría volvió a encontrarse con el rosado papel y mientras sostenía un idilio con el agua y el jabón pensó: ¿Qué podría perder con ir a ese bar? Tomaría un taxi e iría directamente al lugar. Observaría el ambiente, bebería un refresco, comería un poco de botana y si algo no le gustaba llamaría otro taxi y regresaría a casa para ver cualquier película, como cada sábado. Tomó la decisión. Se vistió adecuadamente, saliendo quizás, al encuentro de su destino. En la radio, un flash informativo que repetía las mismas noticias cada hora, recordaba a cada mujer en edad reproductiva que ya eran ocho las desaparecidas misteriosamente las últimas seis semanas. En la oficina, a la hora del café, las desapariciones eran las galletas preferidas para acompañar al oscuro estimulante. Los diarios no comentaban otra cosa y ni que decir de la radio y la televisión. Se quería relacionar los hechos con los más de 200 asesinatos de mujeres en Cd. Juárez. La policía aseguraba lo contrario. Nada tenían qué ver los unos con los otros. Se trataba de mujeres entre los 18 y 35 años sin relación alguna entre ellas de aspecto, color de ojos, cabello, piel, credo, estrato social... ninguna relación a excepción única e irrelevante de que gozaban de cierto grado de belleza sin conexión entre sí. De ellas no había quedado rastro alguno. Especulaciones, hipótesis iban y venían como ráfagas de viento en febrero. No había cadáveres, no se habían recibido llamadas exigiendo rescates; no eran mujeres que acostumbraran a tomar maletas e irse sin decir nada a nadie. Todo era un verdadero misterio. En cinco minutos estaba por fin en el bar. Sólo mostró su hoja rosa y el guarura que custodiaba la entrada la dejó pasar sin siquiera mirarla. Adentro no cabía ni un alma. Música, luces, cuerpos encontrándose al ritmo de los sonidos del momento. Ojos ansiosos buscando al ser que lograra alterar la pupila; labios reseco deseando la miel que les devolviera la lozanía; corazones vacíos esperanzados en encontrar otro que latiera al unísono. Veinte minutos; otra agua mineral y ella se sentía lista para regresar a casa. Pero entonces lo vio. Y él la vio. Desde el otro extremo de la barra. Todo desapareció: la gente, la música, las voces que más bien eran gritos. Sólo él y ella. Sumamente atractivo, varonil y la sonrisa más arrolladora que jamás descubriera en un hombre. Tomó su vaso y sin dejar de mirarla se acercó. El corazón comenzó a

golpear todo su cuerpo. La sangre parecía agolparse en su cerebro; a punto de producirle un desmayo, pero habría sido una estúpida si permitía que eso sucediera. Le habló. Le respondió. La invitó a bailar y ella aceptó. Sus manos no lucían anillo de ninguna clase, ni sombra de que los usara. No era casado. No estaba comprometido. ¿Por qué no ser el uno para el otro? Intercambiaron números telefónicos, mail y prometieron encontrarse de nuevo: allí mismo. El cambio que deseaba había llegado. Era suyo y no iba a dejar se convirtiera en una copia de lo mismo. Era el dueño del lugar. El, personalmente había hecho aquella invitación, especialmente dirigida hacia ella. Intuyó de su gusto por los libros, la música y las viejas películas. La llamó su chica especial: soñadora, admiradora del amor y todas sus ramas. A su lado el tiempo dejaba de existir. Sólo con su voz la hacía viajar hacia los lugares más extraños y hermosos. Si su relación se asentaba prometió llevarla a todos ellos. No deseaba otra cosa. Dejar su empleo y su aburrida vida como hijita de familia. Ansiaba lanzarse a la aventura con él. Por fin llegó la noche que tanto esperara. La invitó a su departamento, donde prepararía la mejor cena, bailarían y muy seguramente harían el amor; momento especial que en muchas noches la había dejado en el insomnio, preguntándose cómo sería; si tendría semejanza con lo visto en las películas, con lo que comentaban sus compañeras de trabajo, con lo que ella imaginaba. La recibió con un pequeño ramo de rosas rojas y un beso en los labios. Hasta ese momento sólo había tocado sus mejillas, su frente y sus manos. Ella se sentía por demás halagada y una ligera excitación se apoderaba de su cuerpo. Su emoción creció al entrar a la sala. Todos los muebles habían sido removidos y al centro únicamente una pequeña mesa rodeada por cojines, sábanas de satín y pieles de animales. Se descalzaron, cenando sólo a la luz de una vela. El exaltó entonces su belleza física, algo que no había hecho antes. La de sus ojos; la tersura y el aroma de su piel. Sobre todo eso. Su aroma corporal jamás tocado por un hombre. Hicieron un pequeño brindis: "Por los dos. Por ser uno antes del amanecer". Chocaron los cristales, mojando apenas los labios. El deseo de estar unidos les apremiaba. El sexo es una experiencia muy personal, única e irrepetible, como el mismo ser humano. Ella no lo ponía en duda. El era el mejor amante y ella, por fin, una mujer plena. Llena de ilusiones; de anhelos que ya no serían castillos en el aire. Hacia la media noche se quedaron dormidos. Ella tuvo un sueño maravilloso donde con él eran ángeles volando entre hermosas nubes, cielos azules y aves exóticas cantando a su amor. De pronto, un hoyo negro aparecía en el limpiísimo celeste, halando hacia su boca a su compañero. Sus esfuerzos eran vanos por alcanzarlo y despertó agitada cuando desapareció en el oscuro vórtice. Inquieta, buscó el calor de su cuerpo a su lado, pero se encontró con un objeto reseco, acartonado. Hizo a un lado las sábanas gritando horrorizada ante lo que vio. El varonil cuerpo de su compañero era apenas un cascarón magro, de apariencia cerosa; momificada. Hizo por levantarse y salir de inmediato de ahí, pero un intenso dolor abdominal se lo impidió. Se tendió sobre la espalda, llevando sus manos al vientre. Este comenzó a crecer y advirtió que algo dentro de sí se movía mientras su piel se

estiraba en aquella inverosímil protuberancia. No podía creerlo. Debía ser una pesadilla, pero no despertaba de ella. El vientre continuó aumentando hasta tomar el tamaño de un embarazo de nueve meses. Entonces se detuvo. Dejó de crecer. Lloró asustada sin comprender lo que sucedía. Hizo por pedir ayuda. Su voz no le respondía. Se quedó sobre las pieles sin atinar a moverse. Su mente era un torbellino de interrogantes y de pronto regresó el dolor. Como un fuego interno abrasando sus entrañas. Hincó los dedos en los cojines, reforzando su grito de parturienta imposible. Unos dedos con uñas afiladas rompieron la piel de su vientre y pasmada por el dolor y el horror vio una mano, un brazo, un hombro y una cabeza humana escapando de él. 60 segundos que le resultaron eternos. El, el hombre del que se había enamorado; al que había esperado ansiosa la invitara esa noche a su departamento, para hacer el amor por primera vez, había salido de su vientre. Más joven y hermoso que el que la recibiera con 8 rosas rojas y derramara sus lágrimas al llegar al clímax. Luciéndolo ansioso, hambriento ante sus entrañas abiertas y la sangre fresca.

El brindis se había vuelto realidad. Eran uno, antes del amanecer.

Capítulo 9

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Ahora...

... me ha dado por escribir en tarjetas. De esas que usan los estudiantes para las fichas bibliográficas. Son pequeñas. Puedo guardarlas en el bolsillo del pantalón, de la falda y escribir cuentos breves:

“Había una vez un fantasma, que cansado de vagar por casas abandonadas y cementerios lóbregos, decidió suicidarse con una aspiradora. Esta lo expulsó convertido en polvo. Ahora, diariamente pica la nariz de todo aquel con quien se encuentra y lo hace estornudar hasta las lágrimas. Ya es un ente feliz”.

Te comento...

... que este es otro día nublado, aunque no es seguro que llueva. Ayer sí llovió y mucho, desde muy temprano. Me despertó un horrible latigazo en el cielo. Cuatro, cinco de la mañana; no se me ocurrió ver la hora. El cielo totalmente cerrado y un viento, que por momentos se antojaba huracanado. Todo un concierto de rayos y truenos. ¿Mi mamá? Con el melindre en la cabeza y tapando todos los espejos, por aquello de que algún rayo quisiera venir a mirarse en una de sus lunas. Cosas de la gente grande, pero que le ponen paz y confianza a los nervios.

En días así quisiera haberte tenido conmigo; que al primer trueno corrieras y saltaras a mi cama para refugiarte en mis brazos y yo, riéndome de tu miedo, decirte que todo está bien. Que es solo una tormenta y que siempre pasan sin demasiadas consecuencias. Te dormirías con mis cantos y yo me pasaría las siguientes horas, mirándote; preguntándome si cuando fueras mayor vendrías a mí con la misma facilidad de ese momento.

Niño. Niña. Cada año que pasa es menos importante preguntármelo. La sequía de mi vientre se eterniza. A veces la lamento. A veces la bendigo y como esa madrugada lluviosa, me conformo con abrazarme a mi almohada y dormir otra vez.

Mascotas

Me paso los días y las horas alimentando a mis peces virtuales. Son diez. De diferentes colores. Sobresalen cuatro: los negros. Les cambio de fondo cada tercer día, en lugar de cambiarles el agua y ellos siguen nadando sin

descanso; nutriéndose con migas –virtuales también-; siguiendo fascinados el puntero, como si supieran que es la “mano que los alimenta” y le pidieran “más”. ¿O buscarán quizás una caricia? ¿Cómo acariciar a un pez virtual? Con la mirada, supongo. No me canso de ellos ni ellos de mí. Al menos... eso creo.

Un lago...

Un lago. Un mar. Un océano me separan de ti. De tu caricia y tus besos; de tu mirada y tu cuerpo. De tu sonrisa y la cadencia con que late tu corazón.

Capítulo 10

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

La batea de frijol

Corno todas las tardes, desde que estaban en el rancho, doña Margarita y doña Chuyita, mi abuela y bisabuela respectivamente, salieron a dar su paseo vespertino. Para que no se fueran con el pendiente, un toro que siempre andaba suelto era encerrado. Y se iban las dos viejitas a recorrer los entornos del rancho. A gozar del aire puro, limpio, impregnado a hierba y tierra húmeda.

Aquella tarde tomaron un camino que no habían recorrido anteriormente. La rúa parecía haber sido transitada muchas veces por personas y carretas; ellas confiadas la siguieron hasta llegar a una casa medio derruida. Lo primero que vieron, bajo un árbol de guamúchil, fue una batea rebosante de frijol. Encantadas por la limpieza y el amarillo brillante que lucía la leguminosa, ambas hundieron sus manos en el grano como si se tratara de pepitas de oro. Como habían recorrido un largo trecho, "la calor" les había secado la garganta y pensaban pedir un poco de agua en aquella casa.

—Buenas tardes —llamó Margarita, acercándose a la vivienda.

Una ráfaga de aire caliente casi les arrebató sus rebozos; a lo lejos escucharon el rebuzno de un asno haciendo eco en los cerros, pero nadie en la casa les respondió.

Mientras mi abuela rodeaba la maltratada construcción, mi bisabuela se sentó sobre un tronco para descansar un poco sus piernas.

La casa reposaba sobre un basamento de rocas y sus ventanas, eran más altas de lo común. Margarita tuvo que encaramarse sobre una piedra para alcanzar la ventana y asomarse al interior.

—Buenas tardes —volvió a llamar y al mirar adentro no vio absolutamente nada.

El lugar estaba vacío. Sin muebles ni personas. Entonces, como en un soplo lejano y frío escuchó:

"Buenas tardes... "

Ni tarda ni perezosa, con el alma en un hilo, Margarita bajó de la piedra y volvió a donde Chuyita la aguardaba. La tomó de la mano con la intención de irse, pero al volverse hacia el guamúchil, ambas se pararon en seco. Ese frijol que las había maravillado con sus resplandores de oro; la batea repleta que les diera la bienvenida... ya no estaba y el árbol tampoco. El silencio que las rodeaba ya no les pareció natural sino misterioso; el viento caliente y soporífero se tornó frío y escalofriante.

Sin volver la cara atrás, tomadas de la mano como un par de niñas atemorizadas, mi abuela y bisabuela desandaron rápidamente el camino, rumbo al rancho.

Este suceso es verdadero y las protagonistas no lo revelaron hasta mucho tiempo después. La casa derruida la reconstruyó un tío y me tocó estar en ella cuando tenía unos diez años. Yo entonces no conocía el relato y sin embargo sentí miedo de la casa. No me quedé sola en ella ni medio segundo. Ahora comprendo el porqué.

Capítulo 11

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Invitación

¡¡Gran kermés anti San Valentín!!

Habrà quema de corazones rojos y cupidos sonrosados. Tiro a discos compactos con temas romànticos. Destripamiento de muñecos de peluche de todos los tamaños y figuras ridículas. Póngale los cuernos a su ex con modelos para todos los gustos. Triture cajas de chocolates y ramos de rosas rojas.

¡Cerraremos con muñecos de aserrín! ¡Coloque el rostro del maldito en la cabeza, pecho o genitales y hágalo volar en cachitos!

¡¡No falte!!

Mi amistad

Lo llamaré Jonás, aunque su verdadero nombre sea Rogelio. Les comentaré que es un hombre a carta cabal, (realmente no hay día en que no entre a la cantina y se beba medio arsenal de tal lugar). Un excelente padre de familia (sus hijos son unos adictos y las hijas se van con el primero que les ofrece un "aventón"), adora a su esposa, a pesar de las terribles "sobas" que le propina cuando en ocasiones se pasa de copas (siempre). Sus vecinos lo tienen en gran estima (se han amenazado de muerte más de una vez). Jonás (Rogelio) es un encantador caballero con las mujeres decentes de la comunidad (fornica con ellas con sólo mirarlas). Nadie como él en la mecánica (sus trabajos parece que los hace con las patas). Es justo en sus honorarios (cobra hasta por la basura que encuentra en el vehículo). Es el mejor amigo que cualquiera quisiera tener (en cuanto le dan la espalda, clava el puñal sin miramientos). Por eso, me enorgullezco de ser su cuate (¿cuándo estirará la pata el maldito para librarme de él?) Y jamás. Jamás me atrevería a decir nada en su contra (qué se pudra el bastardo en el infierno). Insisto, lo llamaré Jonás, aunque su verdadero nombre sea Rogelio.

Terminator

No me pregunten cómo sucedió. Apareció, se plantó en mi casa, se metió en mi cama, en mi vida y acabó con todo: con mi casa, mi cama y mi

vida. Los de control de plagas jamás llegaron.

Ring-ring

Ese teléfono. ¿Por qué nadie lo contesta? Suena y suena desde la curva anterior, cuando el chofer se salió del camino, el autobús dio de volteretas, lanzando cuerpos con violencia contra sus laterales: brazos y cuellos rotos, cabezas atravesando el cristal de las ventanas, gritos desgarradores y de pronto silencio. Un profundo y erizante silencio. El teléfono sigue sonando, pero nadie lo atenderá jamás.

Furia de elementos

Llovía. Hacía demasiado tiempo que no llovía de aquella manera. Las nubes se reventaban en interminables chorros, luchando entre ellas, retumbando y dejando escapar rabiosos rayos. Peter y Jack peleaban bajo la cortina de agua. Hacía demasiado tiempo que no peleaban de esa manera. Como deseando arrancarse el alma con cada puñetazo y lo hacían por mí. Para demostrarme que realmente me amaban, y era seguro que esa noche uno quedaría muerto entre los charcos lodosos o quizás los dos. Yo... prefería a Edgar.

Capítulo 12

Cuentos... nosé de dónde

por: Lupita Arciga

El llavero

Tantas veces tuvo en sus manos aquél manojito de llaves. Tantas veces sacó de su arandela cada una de ellas para contarlas... de la más pequeña a la más grande. De las de color: plata, dorada, bronceada, incluso negra, hasta aquella con dientes finos y más gruesos.

Nunca se le ocurrió probarlas en la cerradura, porque pensaba que detrás de aquella puerta, no había nada. Se lo decían todos a través del intercomunicador.

“El mundo es insignificante, Juan. Te aseguro que de nada te pierdes.

“Aquí afuera es un caos. Por donde camines te encuentras a bestias dispuestas a devorarte.

“La guerra acaba con todo. Hay incendios y los ríos se secan como si sus lechos fueran esponjas.

“Tu habitación es el paraíso. ¿Para qué salir?

“Ahí dentro estás más que bien, muchacho. Te lo aseguro.

Pero decidió comprobarlo por sí mismo.

Y él corrió tanto... empuñándola tan fuerte, que hasta sangró la palma de su mano. Pero no le importó. Todo lo contrario. Por primera vez, en la insignificancia que era su vida, hacía algo que valía la pena. Siempre fue para los demás menos que nada y lo sabía. Esbozo indeseado; carga insoportable; vergüenza perpetua a causa de esa giba monstruosa con la que naciera a cuestas.

Esa tarde despertó experimentando un vigor extraño. Vio claramente que las cuatro paredes que lo rodeaban, no eran una habitación, sino una prisión de la que debía escapar. Los diálogos huecos y fríos a través de aquella caja plástica, ya no anesthesiaban sus deseos. Ya no sosegaban de la misma manera a su alma y su mente cargada de innumerables por qué.

La última fue la indicada. Esa, que oprimía en su desenfundada carrera y que dejó caer de pronto, en un punto que borró de su mente, al darse

cuenta que por siempre había vivido en la mentira; que en verdad el mundo no era tan insignificante; que al caos lo creaban ellos y ellos eran las bestias. Que podría haber guerra en algunos sitios, pero en otros se construía la paz. Y definitivamente, su habitación no era el paraíso sino algo más semejante al infierno.

Sus ojos se abrieron al abrir aquella puerta y su corazón latió con un nuevo ritmo, al darse cuenta que, al fin, era libre y comenzaría a vivir.

Capítulo 13

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

El sedal

Todos sabían quienes eran Edgardo y Juan José. Varones activos. Especialmente conocidos en el puerto.

Habían crecido juntos. Hecho sus estudios en el mismo colegio; participado con verdadero entusiasmo en la mayoría de las disciplinas deportivas.

Existía entre los dos una amistad férrea, que con el paso de los años, las penas y sin sabores compartidos, solidificaban a profundidad.

Cuando Juan José decidió que era momento de sentar cabeza, Edgardo estuvo ahí para apoyarlo en todo. Fue uno de los más emocionados en la ceremonia. Casi al punto de las lágrimas. Luego, él conoció a Teresa y no tardó mucho en echarse el lazo al cuello, emulando al inseparable amigo.

El destino, que siempre mete las narices cuando menos se lo espera uno, desvió sus caminos y dejaron de verse por casi una década. Aunque siempre estuvieron en contacto. Internet resultó todo un prodigio: realmente no existió distancia entre los dos.

Con la reciente viudez de Juan José y el mil veces anunciando divorcio de Edgardo, los amigos volvieron a encontrarse.

Ese fue uno de los momentos más emotivos que jamás vivieran. Ni siquiera tan fuerte, como cuando la madre de Edgardo murió y Juan José se quedó a su lado, toda la noche.

Hablaron durante horas, incluso días y fue cuando decidieron reventar las puertas de su closet y salir de él. Eran gays y se amaban.

Aquel día, despojados de sus ropas cargadas de seriedad y responsabilidad, caminaron juntos hasta el muelle, para lanzar, como lo hicieran aquella madrugada, después del sepelio de la madre de Edgardo, un sedal al agua para buscar su vergüenza. Pero no la encontraron. Y hoy tampoco.

Capítulo 14

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Arena

A lomo de camello sobre las cálidas arenas del desierto. Busco. No sé lo que busco. Fortuna. Libertad. Amor. Quizá mi destino. Debo haber enloquecido. Es lo más probable. Mi destino puedo encontrarlo sentado en una banca de plaza, igualmente amor, libertad y fortuna. ¿Qué me ha traído hasta aquí? ¿A esta soledad sin límite? ¿A éste sol que abrasa inclemente? No lo sé. Ni siquiera comprendo por qué escribo lo que escribo. Tal vez me pierda en este mar de arena y algún día, alguien, un fugitivo de la vida como yo encuentre mi diario. Lleno de sueños, de pesadillas, de proyectos jamás realizados, de anhelos nunca alcanzados. A lomo de camello, leyendo o fingiendo más bien, leer las estrellas. Siguiendo su estela a algún rincón, un oasis perdido donde empezar de nuevo. ¿Empezar qué? Debo estar delirando. Seguramente he sucumbido a las temperaturas extremas. Los rayos del sol deshidratan mi cuerpo, mi cerebro se calcina y el viento, convertido en tormenta me erosiona, me vuelve arena. Ese es mi destino, mi fortuna, mi libertad... mi amor.

Cero

Cada vez que quiero cruzar una puerta, me dan con ella en la nariz. Si busco subir un escalón, me halan de los cabellos. Si quiero ir a la derecha, me cierran paso hacia la izquierda. Si deseo mirar el sol, lo cubren de nubes grises. Si tengo ganas de reír y gritar, se las ingenian para hacerme llorar. Si necesito hacer el amor... me das la espalda y gruñes que prefieres dormir.

Empieza a llover. Hay truenos que cimbran hasta los cimientos de la casa. Saldré a bañarme en su fría agua. Tal vez un rayo me parta y alguien se acuerde de que existo... ¿o existí?

Capítulo 15

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Onirismos

Tuve un sueño. Pero tú no estabas en él. Yo corría entre pasillos de paredes blancas, entrando y saliendo por puertas que se multiplicaban, como conejos en primavera. Subiendo y bajando escaleras que no llegaban a ninguna parte.

Llamándote a gritos sin siquiera despegar mis labios; buscándote sin descanso. Corría sin intención de detenerme y de pronto, era sobre las palmas de mis manos, que continuaba mi búsqueda irrefrenable.

Entre mil y un senderos seguía lo que yo creía eran tus huellas. Muros de roca que nacían de la misma tierra vedaban mi paso, obligándome a buscar otros caminos, igualmente llenos de obstáculos, pero no infranqueables. Escalé una montaña de cajas de diversos tamaños y materiales. Seguí, balanceándome a una altura inimaginable, sobre un hilo dental. Debí nadar en un río de cemento fresco y enfrentar a una jauría de lobos. Todo por llegar a ti.

Me agotaba. Cada músculo de mi cuerpo me dolía y protestaba cada vez que daba un paso más. De pronto me hallaba en el fondo de una piscina y me era difícil respirar. Sobre mi cabeza flotaban trozos de madera, árboles y más allá, lejos de mis manos: tú. Desesperada manoteaba en la fría agua. Mis pulmones a punto de estallar. Mis pies hundidos en el asfalto y todo se enturbió, precipitándome hacia un pozo negro, donde el miedo me acogió.

Me enrosqué, procurando que nadie me hiciera daño. Entonces oí voces. Muchas voces. Y vi a gente caminado de un lado a otro, charlando; riendo, pero ninguno me veía. Ninguno reparaba en mi presencia. Los niños subían una escala alta. Se deslizaban por un tobogán e iban a caer en féretros de colores. Mi mascota querida, muerta tres meses atrás, tomaba el té con mi guitarra. Y oía la letra de una nueva canción, pero mi cuadernillo no tenía hojas y mi pluma se transformaba en una enorme águila, que me llevaba en vilo por los aires. Yo revisaba el firmamento azul, esperando verte en una nube, pero sólo descubrí un centenar de ovnis que resplandecían en multicolores luces. Abrían portales en espirales infinitos que llevarían a quien lo deseara a dimensiones fantásticas.

Pasó por mi mente que quizás podría encontrarte por ahí, pero el águila se alejó y me alejó, hasta dejarme caer en un sombrío pantano.

Milagrosamente, logré escapar de las enormes fauces de un cocodrilo, que tenía en su cabeza una rana azul, que tocaba el violín, interpretando a Mozart.

El silbato de un tren llamó mi atención y apenas logré asirme al cabús. En el vagón, los pasajeros permanecían encadenados a sus asientos, con expresión taciturna. Los eslabones tenían diversas formas: licuadoras, televisores, planchas, prendas de vestir, calzado. Sin excepción alguna, todos miraban por las ventanillas. Me asomé también y vi los árboles, que en lugar de hojas en sus copas, tenían billetes de diferentes denominaciones. Bastaba un suspiro para que se desprendieran de sus ramas y cayeran al suelo. Pero, no había nadie para recogerlos.

Seguí hacia otro vagón, mas al librar la puerta estaba sentada ante una mesa, llena de todos los postres habidos y por haber. Mi estómago rugió, exigiendo los comiera. Como tú no estabas para detenerme, me harté hasta literalmente reventar. Luego, entró mi madre con recogedor y escoba, barriendo lo quedara de mí. Me arrojó a un bote de basura.

Ahí, una araña patona me indicó el camino a seguir. Sólo bastó un paso para encontrarme en lo más alto de un edificio. Adosada a una pared rugosa y sobre una cornisa de gelatina. Estaba desnuda. Mis pechos se marchitaron como rosa en un desierto. Te llamé de nuevo. Más fuerte y más veces.

Estuve otra vez en los pasillos con paredes blancas; escaleras que subían y bajaban. Pero no corría más y estaba de pie ante una puerta de dimensiones colosales. Alargué mi mano hacia la perilla, la giré y abrí.

Con la certeza de que estabas tras el umbral, todo mi ser vibró de emoción. Me sentí a punto del llanto. De reír, a la vez como loca. De gritar agradecida... pero en ese momento desperté.

Capítulo 16

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Rey

Mi familia y amigos dicen que estoy loco. Los médicos aseguran que sufro de un desorden mental; algún tipo de esquizofrenia, exacerbada por fantasías, delirios de persecución y ciertas alucinaciones que me ordenaban rasgar mi piel con hojas de afeitar. Un juego nada más. Exageran esos que me quieren encerrar en una "casa de salud". No pueden. Jamás podrán porque estoy predestinado a gobernar el mundo. Llegaré a ser rey de la tierra. Me lo ha asegurado una cucaracha que noche con noche trepa mi camisa de fuerza y me habla quedito al oído. No me engañaría. Es mi amiga.

Capítulo 17

Cuentos... no sé de dónde

Tormenta roja

La atracción era poderosa. Los destellos, las formas; los sonidos, me llamaban, me invitaban a descubrir lo que había más allá de lo que cotidianamente ya conocía. No quería resistirme más. No quería oír la voz de mis mayores. Ni pensar en lo que podría pasar si abandonaba el cubil antes de tiempo. Era joven. Era fuerte y no me importaba que la temporada de caza hubiese iniciado.

No me daban miedo las bestias afuera. ¿Por qué debía hacerlo? Desde que tenía memoria, ellas dominaban todo. Regían igualmente el día y la noche, mientras nosotros debíamos permanecer ocultos. Protegernos para no terminar siendo su desayuno, comida o cena.

Estaba cansado. No quería seguir en aquella reclusión obligatoria. Cerré mis oídos a los gimoteos de mi madre; las rabiets de mi padre y las constantes advertencias del resto del clan.

Tomé una decisión y cuando el sol brillaba con mayor intensidad, dejé la cueva en la que había nacido, crecido y estado prisionero toda mi vida. Subí a lo más alto de la roca que mantenía oculta a ojos cualquiera nuestro hogar. Oteé fascinado la inmensidad que la rodeaba. En el cielo azul surcaban aves que jamás viera en la oscuridad de la noche.

Aspiré con fruición aquel aire tan diferente del que estaba acostumbrado y lancé un grito jubiloso.

Nada ni nadie saltó sobre mí para devorarme, desgarrar mi garganta, mis entrañas o sacarme el corazón, para tragarlo mientras seguía palpitando.

¿Dónde estaban las bestias? ¿Dónde estaban los que nos desplazarán del primer nivel en la cadena alimenticia?

Tenía demasiado presente aquella noche, en la que el abuelo murió entre las garras de uno de ellos. Creo que el valor que demostró entonces, era el mismo que me impulsaba a retarlos.

No imploró por su vida, como otros tantos. Se defendió como su edad se lo permitía. Aquél le abrió la garganta de un zarpazo y el abuelo cayó al suelo, tiñéndolo con su sangre. Su cuerpo aún se convulsionaba, cuando

le fue arrancado un brazo y la bestia lo comió a dentelladas.

Alaridos de rabia y dolor alrededor. Las pupilas dilatadas de mi padre por el terror. Si más de ellos hubiesen estado cerca, habrían acabado con todos nosotros. Pero, ¿dónde estaban?

Tal vez, otros como yo perdían el miedo. Salían de la oscuridad a la luz y peleaban por emanciparse.

Debía encontrarlos, unirme a ellos y juntos, convertirnos en una sola fuerza.

Recorrí la selva, vadeé ríos, subí y bajé montañas sin encontrar nada ni a nadie. Los cubiles vacíos; millares de huesos blanqueándose al sol.

Al morir la tarde del séptimo día, encontré a un anciano, sentado sobre una gran roca y mirando al cielo que anochecía.

Le pregunté qué hacía ahí y dónde estaban todos. Dijo que se habían marchado. Cazaron lo necesario, llenaron sus naves y se perdieron en el azul del cielo. Cuando pregunté el por qué, el viejo señaló el firmamento oscuro: un sin fin de puntos encendidos que crecían de manera vertiginosa, hicieron de la noche infierno, al caer aquella tormenta roja.

Capítulo 18

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Terapia

Halé el gatillo liberando de sus recámaras seis frías balas que hicieron blanco exacto en tu sonrisa de anuncio comercial; hipócrita, en tu frente lisa, pero de pensamientos mal sanos; en tu corazón de cemento gris incapaz de levantar ni albergar un amor. El resto en lo que consideras la base de tu hombría; esa parte de ti que tanto ponderas y no pudiste mantener en control. Tu orgullo que nombras Sansón y sus filisteos: ¡Muera Sansón y su par de filisteos! ¡Bang, bang y más bang! ¡Ups! Creo que necesitaré otro póster tuyo.

Capítulo 19

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Sombras

Veo sombras a mí alrededor. Personas diferentes, de ambos sexos: adultos, ancianos, jóvenes, niños incluso. Algunas veces varían en su color: las veo azules, doradas, rojas, violetas, negras... Caminan a mi alrededor, se sientan en los muebles, me acompañan a la mesa; otras veces se quedan en algún rincón observándome o vigilándome; no sé. Charlan entre ellas, pero no logro escucharlas. Sólo las veo. Jamás han intentado contacto directo conmigo ni tampoco yo he puesto nada de mi parte para ello. Supongo que me da miedo. ¿Qué hacen aquí y qué es lo que quieren? No lo imagino. Lo curioso de todo, es que soy ciega.

Capítulo 20

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Angustioso apremio

Corrí desesperada por el pasillo, tratando de abrir las puertas que a mi paso encontraba. Ninguna cedía a mi angustia, a ese pánico que comenzaba a invadirme. Seguí corriendo, llorando impotente. Descendiendo y subiendo escaleras; deseando gritar, pero sin atreverme a hacerlo. Continué con mi loca carrera y todas las puertas cerradas. No podía más. Las fuerzas me abandonaban. En un rincón del piso 4, sobre un descanso de la escalera, me adosé contra la pared sudando, apretando puños, dientes y ojos, pero todo fue inútil. El líquido caliente mojó mi ropa, bañando mis piernas, corriendo por el piso, escalera abajo. Me ganó. No pude encontrar ni un maldito baño abierto.

Capítulo 21

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Mamá tenía razón

Cinco mujeres. Cinco sogas para ahorcarlas. La plaza llena, el día muriendo con ellas. Jóvenes, bellas, con uno y mil proyectos por realizar. Maestrías, viajes a otros mundos, casarse en Navidad, ser madre para el otoño; pero todas habían sido juzgadas y condenadas por brujería, sin excepción. Nadie abogó por ellas. Las manos atadas a la espalda, la soga al cuello y el hediondo verdugo caminando a sus espaldas con cierta parsimonia, pateando el banquillo en el que las encaramaran. Una a una fueron cayendo, encontrando un destino que ninguna esperaba. La última, Cecilia, cargaría hasta la eternidad su estupidez. ¿Por qué no escuchó a Hoyos? ¿Por qué no intuyó que aparecer de pronto en medio de una comunidad puritana del s. XVI significaría su muerte segura? ¿Por qué no escuchó a su madre que la veía mejor como ama de casa y no una científica que viajara en el tiempo? Y mientras la áspera soga le robaba la vida, continuaba preguntándose, ¿por qué?

Capítulo 22

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

El pozo

La noche estaba oscura como pocas. Ni una sola nube se adivinaba en el firmamento; ni un destello furtivo de estrella; nada. Podría decirse que era una noche tranquila, pero en el ambiente silencioso se percibía un algo misterioso. No era que los árboles mantuvieran constante conversación entre sus ramas a pesar que no corría ni un suspiro de viento. Tampoco que las bestias en el corral se refugiaron en un rincón. Era el silencio. Parecido al que queda después de una terrible tormenta: entre pacífico y angustiante. Los de casa lo sabían; lo sentían. Dos hombres y una mujer en el portal. Mirando hacia el portón cerrado del amplio patio, como esperando llamaran a él. Ella fue quien se percató de la lámpara que colgaba en el portal. Cómo su flama comenzó a bailotear y le siguió el resto de su cuerpo; oscilando cual péndulo de reloj. Luego escucharon el viento en erizante silbido. Sólo podían oírlo; acercándose lentamente. Sus corazones latían cada vez más rápido. Tenían el deseo de huir dentro de su hogar y refugiarse inclusive bajo la cama, pero no acertaban a moverse y cambiar su posición. El grueso madero, que mantenía firmemente cerrado el portón, comenzó a desquebrajarse hasta romperse en astillas y abrirse las hojas violentamente. Una nube de polvo, hojas secas hizo camino en un frío remolino. El viento se desató. Apagó lámparas, derribó macetas y puso nerviosos a los animales. Cascos de caballos. Tal vez una docena. Todos alrededor del viejo pozo de piedra que se alzaba al centro del patio. ¿Qué era aquello? Oían a los potros más no los veían. ¿Cómo era que apreciaban la tolvanera que provocaban, pero no a los jinetes? Contuvieron la respiración. De pronto, todo quedó en calma. El viento cesó, pero quedó el frío, uno más que invernal. Nubes de niebla brotaron del suelo y dejaron al descubierto una docena de fantasmales jinetes. Sus ropas desgarradas y bañadas de sangre tenían el aspecto de los revolucionarios. Rostros perdidos en la oscuridad y la niebla, manos asidas con firmeza a las riendas; descarnadas unas, mutiladas otras. ¿Qué esperaban? ¿Qué se suponía que debían hacer o decir aquel trío de temerosos humanos? Fue la mujer quien tuvo el primer impulso de dejar el portal y acercarse a los jinetes, pero como reiniciarán su aguerrido galope alrededor del pozo, fue halada de sus enaguas por unos de los hombres, derribándola a tierra. Varias vueltas más y uno detrás del otro saltaron en impresionantes reparos a la boca del pozo. ¡Cuán ensordecedor era su tropel! Y al terminar, todo quedó en agradable calma. Los grillos cantaron entre la hierba; la lechuza gritó surcando el cielo zafir y algunas estrellas comenzaron a vestirlo. Los dos hombres y la mujer estuvieron de acuerdo en no contar a nadie lo que presenciaran.

¿Quién podría creerlo? Los tildarían de locos. No se hallaban en buenas relaciones con muchos del pueblo. ¿Para qué echarle leña al fuego? Entraron a la casa y se pusieron a rezar por las almas de aquellos espectros.

Ese año había sido parcialmente seco. Metros y más metros a bajo, el pozo rezumaba de sus rocosas paredes un poco de agua. Mucho más a bajo, en el lecho limoso, resplandecían como con brillo propio un sin fin de monedas de oro, joyas y piedras preciosas.

Capítulo 23

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Lluvia con gatos

La tormenta comenzó a eso de las cinco de la tarde. Traía consigo vientos, relámpagos y truenos sonoros que cimbraban cimientos y cristales de ventanas. La casa estaba en total silencio. Hasta los gatos se habían retirado a un rincón seguro para dormir por horas: la lluvia ahogaba cualquier plan que tuvieran para esa tarde-noche. En los recovecos de las vigas del techo, las palomas arrebuajadas, emitían su tierno zureo; arrullando a sus crías.

Las gruesas gotas formaban charcos y arroyuelos que arrastraban hojarasca y basura. A más de difuminarse en el cielo, los oscuros nubarrones se volcaban como olas implacables contra la playa. Era el fin de una larga temporada de sequía. Los agricultores y ganaderos debían estar saltando de alegría ante la benéfica lluvia.

La casa, expuesta durante tanto tiempo a los inclementes rayos del sol, sufría el embate del intenso aguacero. Techos, pisos, puertas, jambas de ventanas y viejos muebles, crujían por el de pronto ambiente húmedo. Algunas rajaduras entre el colado se volvían canal idóneo para monótonas goteras. El viento, impregnado a tierra y hierba mojada, se filtraba por los resquicios de puertas y ventanas. Los gatos más jóvenes se atrevían a dejar por un momento la camada para asomarse al portal y presenciar aquel diluvio. En el cascarón del viejo Chevrolet, advertían al perro cascarrabias que los perseguía por todo el patio cuando se topaba con ellos. Sollozaba como cachorro porque el agua mojaba sus patas, su cabeza y él detestaba mojarse. Los mininos lamían sus patitas burlones, retándolo ir por ellos.

Los ladridos del viejo perro hacían eco en medio de la lluvia. Ya tendría la oportunidad de darles una buena lección y demostrarles el maravilloso olfato que poseía, descubriéndolos en cualquier hoyo que escogieran como escondite.

Se oscureció la tarde y con ella las nubes se dispersaron con lentitud. Entre la hierba inició un concierto de grillos y ranas, bajo el rocío del cielo.

En la casa, todo sigue quieto. El polvo de los muebles solo se compactó un poco, pintando las pieles, opacando lunas de tocadores y roperos. Las goteras en cada una de las piezas, cantan en diferente tono y

tiempo su agradecimiento por aquella frescura. A lo lejos, un ligero rechinido des amodorra a los gatos en sus cálidos lechos. Estiran el cuerpo peludo para salir al salón en busca de sus pequeños, que juegan aún por el portal, con las ramas de los helechos marchitos que cuelgan de viejos maceteros. Les es muy divertido lanzar pequeños zarpazos a las telarañas formadas en el rincón, donde una perturbada araña tuvo que salir huyendo antes de ser destrozada por ellos. Todos suben al techo, en espera de la luna que domina sus gatunos corazones y les invita a maullar con deleite. A bajo, el viejo perro, resignado a enlodar sus aún fuertes patas ladrará toda la noche, retándolos a bajar y pelear cara a cara.

Un ligero viento corre todavía. Arrastrando consigo recuerdos y añoranzas; pedacitos de vida: risas infantiles, acordes de una guitarra; el roce de platos, tazas y cucharas; de pasos de baile, de suspiros y besos tronadores, de ayes de placer y crujir de sábanas. Pero las personas se marcharon mucho tiempo atrás, cuando la sequía volvió áridos los campos y los corazones. Desquebrajando esperanzas, lo mismo muros que se pensaban sólidos. Ya no volverán. O quizás sí, vueltos fantasmas en busca de la felicidad perdida.

Capítulo 24

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Siempre

No sé por qué a veces me es tan difícil expresar lo que siento. El corazón no engaña, lo que pasa es que no sabemos oír su voz; esa voz que nos llama al amor. Tenemos miedo a amar. A darnos por completo. Tenemos miedo entregar el corazón; arriesgarnos a vivir plenamente. Decir: Aquí voy, acepto el reto. Dejaré la timidez bajo las sábanas; liberaré mis ojos del escudo de mis gafas; tomaré las riendas de mi todo. ¡Aquí voy! No hay más pretextos. No hay obstáculos insalvables; no hay cadenas que me aten. La vida no espera.

¡Ánimo! ¡Adelante! Lo sabemos. ¡Lo sabemos! Y siempre lo dejamos para mañana.

Capítulo 25

Cuentos... de no sé dónde

por: Lupita Arciga

Ocaso

Cae la tarde. Se opaca el azul del cielo y en el horizonte, el sol se abrasa irremediablemente en esa breve porción de tierra. Los pájaros vuelven a sus nidos, a cobijar bajo sus alas a sus polluelos, emitiendo tiernos gorjeos. Se duermen algunas hojas y flores; se apaciguan las cigarras, crecen y se multiplican las sombras. Esas que son el temor de algunos y el refugio de otros. Se enciende el alumbrado público. El panadero en su triciclo ofrece conchas, cortadillos, donas de chocolate y crema. ¡Qué rico comerlos con una taza de café de talega!

La noche se acerca. Otra más para este mundo nuestro tan aporreado, enfermo, pero lleno de esperanzas a pesar de todo.

Brillan las estrellas. La luna se hace presente, pálida, alegre, inspiradora de cantos y poemas. De historias de muertos y fantasmas. Déjenla reinar, pobrecilla.

Mañana... será otro día.

Capítulo 26

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Camino

Estaba obsesionado con las luces en el cielo que viera aquella madrugada del '99. Desde entonces se levantaba a primera hora y conducía una y otra vez por el mismo camino. Más que una obsesión, ya era una locura para él "contactar" con los extraterrestres, porque estaba seguro que querían darle un mensaje y él sería llamado a redimir a los terrícolas. Su madre había gastado su vida en consejos y súplicas. Que se olvidara de tales tonterías. Que terminara su carrera. Se casara con su novia y formara una linda familia. Pero no la escuchó. Ni a su novia. Ni a sus maestros ni a sus amigos. Llenó su habitación de libros que hablaban sobre el tema. Memorizó pasajes, testimonios, ubicación de lugares. Se empleó en el Ayuntamiento como "tirabichi" pues el camión recolector recorría diariamente la misma ruta de sus avistamientos. No le importaban las burlas de sus compañeros. El no perdía la esperanza de que en algún amanecer o atardecer, las luces aparecieran de nuevo e iluminaran para todos el verdadero camino.

Capítulo 27

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Un día de esos

Hoy es un día de esos.

Afuera, el sol brilla como nunca. El calor del verano es inclemente, pero se goza. Los chicos de vacaciones juegan todo el día; no hay nada mejor para ellos. El cielo limpio, azul, los pájaros en los árboles, en sus nidos trinando alegremente. La vida no se detiene, sigue; pero hoy es un día de esos para mí. Un día en que la tristeza me asalta, me da una buena zarandeada, me deja la sensación de tener en el pecho una tonelada de plomo y llorando irremediablemente. No puedo evitarlo. Soy una chillona de primera y no hay nadie a mi lado que me lo impida.

Capítulo 28

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Por la ventana

Las gotas de lluvia golpean el cristal de mi ventana, empañándola ligeramente. Miro por ella. Afuera, la gente corre buscando guarecerse, el viento no permite abrir paraguas, vuelan sombreros, bolsas, hojas escapadas de un portafolio mal cerrado. Yo estoy seca, protegida de la fría lluvia, pero desearía estar allá afuera, con esa gente que maldice el aguacero en lugar de bendecirlo; desearía correr, saltar bajo esa lluvia; beberla, que calara mi piel, mis huesos; enlodar mis pies en el jardín, chapotear en los charcos; pero no puedo. Soy prisionera de este, mi cuerpo cuadrapléjico.

Capítulo 29

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

La llorona

En ciertas noches de luna llena; en lo más profundo de aquél caserío conventual se oye un lamento que eriza la piel de los hombres:

“¡Aaaayyy, mi hijos... que no he tenido!”.

Es Susanita Oliveira, la solterona del pueblo.

Capítulo 30

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Lluvias...

Me encanta la época de lluvias. El cielo se envuelve en nubes grises con vuelcos de azul acero y por ello el verde de los árboles se intensifica. También los azahares redoblan sus aromas y los pájaros sobrevuelan el silencio de la tarde.

Hileras de incansables hormigas deambulan aquí y allá por el portal de mi casa. Yo las observo con interés. Sé que la lluvia no tarda en caer. Me lo dice ese claro aroma a tierra húmeda y la frescura del aire. Observo el encapotado cielo. La incandescente luz de un rayo me sorprende y un terrible trueno agita mi corazón. Gruesas gotas comienzan a caer, pintándose el polvoso suelo.

Miro el portal e inexplicablemente las columnas de hormigas han desaparecido. Se han ido a casa a guarecerse de la lluvia. Yo me siento en mi taburete de piel y miro al cielo. Dios olvidó cerrar las llaves de sus fuentes y estas se derraman por el cielo, cayendo hacia nosotros como lluvia de vida. El arbolito que plantara en días pasados con mi mamá, hoy había amanecido bastante decaído. Con sus bracitos a punto de tocar tierra y sus hojas enrolladas, como pitillo mal hecho. Puedo verlo desde mi asiento. Su "tacita" rebosa agua; sus brazos se tienden hacia el cielo y sus hojas bien abiertas parecen sonreír, gozando las pródigas gotas.

Nuestro jardín ya se ha inundado. ¡No tarda en comenzar el desfile! Dejo mi banquillo apoyándome ahora en uno de los pilares del portal. No pierdo de vista el anegado jardín. ¡Allí están! Son los ejércitos del rey de las ranas, marchando en honor de su monarca. Nosotros sólo podemos ver sus transparentes cascos y sus bayonetas que no dañan. Todos se dirigen al desconocido reino de las ranas, donde posteriormente habrá un formidable concierto.

La lluvia comienza a menguar y con ella los ejércitos se desvanecen. El Señor ha dado cuenta de las fuentes derramándose y ha ordenado a sus ángeles cerrar las llaves. Sólo una poquita más caer sobre nosotros y el cielo comienza a despejarse, regalándonos un azul más limpio que el anterior, además de un arco iris doble. Dejo a un lado mis sandalias y hundo mis pies de niña en los frescos charcos. Con mis puños a la cintura miro a mí alrededor. Hay un silencio hermoso que me obliga a agudizar mis sentidos. Una pareja de pichones pasa volando y advierto su aleteo y sus rosadas patitas como si yo volara junto a ellos. Puedo oír también

cómo corre el agua en arroyuelos cristalinos. A mi nariz llegan aromas diversos; tierra mojada, hierba fresca, azahares de limón, naranja, membrillo; café recién hecho y tortillas de harina calentándose en el comal. Eso hace reaccionar al gusto y mojo mis labios, saboreándome. Deseosa por ir a casa y pedir una tortilla con mantequilla me doy un resbalón, cayendo sentada en un lodoso charco. Mi sentido del tacto tuvo su oportunidad. No puedo más que reír divertida e ir hasta la llave del agua para lavarme un poco.

La noche es fresca. Los abanicos descansarán ésta vez. Entro a la cama y siento aún el sabor de los frijoles guisados, las tortillas de harina y el queso rallado. En la otra habitación, se escucha el murmullo de mis padres, conversando no sé de qué cosa. Afuera hay esporádicos ladridos de perros y un constante cantar de grillos. ¿Qué pasa con las ranas? Jamás fallan en sus conciertos nocturnos. ¿Acaso no llegaron sus estrellas principales? No dejo de pensar en ello cuando una bien entonada ranita inicia su canto. Otra la acompaña casi de inmediato y se inicia el espectáculo. Me arrellano en mi cama, abrazando mi almohada. Todo aquello es un arrullo que pronto me hace dormir y soñar con mejores días.

Capítulo 31

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

La niña de la caracola

Marcos escucha que la puerta se abre. Una niña de vestido rosa, zapatitos blancos de charol y una caracola en sus manos, le sonrío. Desaparece de pronto. Al ir tras ella, cae a un embravecido mar en un grito desgarrador. Sonia despierta. Marcos duerme a su lado a pierna suelta. Silencio total. Inquieta por su pesadilla se abraza a su esposo para intentar dormir. Jura que no volverá a poner oídos a los cuentos de su vecina. Los fantasmas no existen y ninguna nenita vaga por su piso.

En la habitación de al lado, Vicky de cinco años está sentada en su cama. No duerme. Con grandes ojos mira a la niña de vestido rosa, zapatitos blancos de charol y una caracola en sus manos; se desliza hacia ella y no sonrío más.

Capítulo 32

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Categoría cuatro

“El cielo retumba y una endeble embarcación se esfuerza por continuar a flote. Aúlla el viento como animal herido, las olas derriban a los tripulantes uno a uno. ¡Tierra a la vista! ¡Encallamos! Solo unos cuantos sobrevivimos. El huracán sube de intensidad. ¡A la selva! Los animales huyen despavoridos; no hay pueblos, no hay aborígenes. ¡Oh, por Dios! ¡Una bestia descomunal acaba con todos! Chorros hirvientes por doquier. ¡¡Ah, ah!! ¡Es suya, de nadie más!”.

—¡Oh, mi amor! -ella se aprieta a su cadera exhausta- ¡Me encanta que inventes historias mientras hacemos el amor!

Capítulo 33

Cuentos... no sé dedónde

por: Lupita Arciga

Cachito

Un pedazo de papel tirado. En eso escribo y el lápiz, no mide más de cinco centímetros; apenas tiene punta y el borrador quién sabe dónde habrá terminado. Pero escribo. O trato de hacerlo. Lo que sea. Lo que salga. Lo que va surgiendo de mi mente, de mi alma o de la nada.

Dicen que es buen ejercicio. Dicen que es terapéutico, catártico. Yo... no sé. Me dejo guiar por las palabras mientras le doy la vuelta a este tramo de hoja blanca que encontré en un rincón. La mina del lápiz se reduce rápidamente. Apenas puedo trazar unos cuantos caracteres. El espacio también termina; pero mi pensamiento sigue vivo, galopando en mi cabeza. A veces con rumbo fijo, en otras desbocadamente; pero allí está. Palpitante, ansioso, lleno de interrogantes, de respuestas. Tal vez...

Capítulo 34

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Laberíntica

Me ha dado por esconder en lugares estratégicos de la casa trozos de vidrio con puntas o bordes filosos. Por aquello de que la tristeza, la rabia, la decepción o la desesperación me atrapen y cortarme con ellos. Así, provocándome dolor físico, mitigaré el dolor de mi alma. Ese que me pertenece por entero y jamás compartiré con nadie. Ni con el reflejo de mi espejo ni con quien visita mis pesadillas; mucho menos con quien asegura amarme y sentirse preocupado-a por mí. No lo creo. No lo veo ni necesito hacerlo. Sólo preciso que me dejen en paz. Que no se metan en mi vida, en mis asuntos y lo que quiero. Al enclaustrarme en mí misma, desatendiendo lo que sucede a mí alrededor, me auto descifro: rumiando el pasado –corto en verdad-, pero que ha marcado mi presente como con un hierro al rojo vivo y hace al futuro un lugar incierto lleno de claroscuros. ¿Qué pasará conmigo mañana?, ¿quién seré?, ¿yo misma al fin?, o sólo una más luciendo la careta conveniente. ¿Importa?

Capítulo 35

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Responde

Hoy, no tengo ganas de escribir. Hoy, tengo ganas de llorar; quedarme aquí sentada para beber mis lágrimas; saborearlas, regurgitarlas y volverlas a beber. Dejar mi pecho abierto para que los mil y un suspiros que me ahogan queden libres; se vayan, me abandonen sin lamentarlo. Hoy ni la sonrisa más sincera me anima. Las palabras enmudecen, la música es un solo chillido; el calor del sol me da frío. Hoy, el vacío de mi cama me abruma, me exige salir a la calle y buscarte. Pero no te encuentro. Ni hoy ni mañana.

Ni hoy ni mañana estás conmigo. Huyes de mí.

¿Por qué huyes? ¿Por qué?

Capítulo 36

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Catita

Dicen que la loca del pueblo no siempre estuvo loca. Que era una de las jóvenes más hermosas y codiciadas por los muchachos lugareños. Sin embargo, ella quedó preñada de un joven médico fuereño. Sus amores resultaron muy tormentosos y de ellos nació una niña, que al poco tiempo se llevó su padre, sin consentimiento de la madre. Su familia pensó que era lo mejor, después de todo lo que sufriera. Despojada de su bebé, perdió la razón en corto tiempo. Salía de su casa, preguntando a todos por su criatura: dónde estaba, con quién, por qué no se la devolvían.

En el basurero encontró una muñeca vieja, desgredada, vestida con harapos. La adoptó desde entonces y la presume ante los demás como si fuera la hija que le arrebatara.

La familia nunca quiso enviarla a ninguna institución. No era violenta. A nadie molestaba. Se le ve casi siempre por la plaza, empujando con mucho amor una carriola destartada.

De su belleza y juventud el tiempo se ha hecho cargo. Su amor ingrato es director de un hospital privado y su hija le ha dado cuatro nietos que ella jamás conocerá.

De noche en noche sueña con ellos. Que están juntos y son felices, pero ante el nuevo día y su absurdo abandono, olvida lo soñado; ella se conforma con la horrible muñeca y con vagar por las calles de su pueblo, presumiendo una felicidad que le lacera el alma muy lentamente.

Capítulo 37

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

La dama nocturna

A la luz del farol, luna, aguardo la llegada de mi amor callado. Bástame verlo por la acera y pasar junto a mí, sin siquiera mirarme; bástame sentir su calor, el efluvio de su cuerpo, el sonido de su voz. Sin siquiera imaginar, que éste, mi corazón de dama nocturna, también puede latir enamorado. Que no me limite ni me conforme con recorrer noche tras noche éstas solitarias calles, ofrecer mi cuerpo y no lo que soy. A veces sueño despierta con él. A veces, mi corazón late lleno de esperanza y cree ver su mano tendiéndose amoroso en pos de la mía para guiarme en un nuevo camino, en una nueva aventura donde los dos podamos ser los protagonistas y escribir ese final feliz que quiero; que ansío hasta las lágrimas. Pero me engaño, luna. Ni él me mirará jamás como lo anhelo ni yo andaré nunca por el buen camino.

Capítulo 38

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Horas

Las 8:00 P. M.

¿Dónde iré en estos momentos?, ¿se dará un segundo para pensarme?, ¿para soñarme despierto? Tal vez a su lado tenga una mejor compañía; alguien que posea el don de hacerme desaparecer de su mente; que lo disperse y lo atraiga a su espacio, a su mundo. O no. Es el paisaje el que lo sonsaca. Con sus campos madurando, casi listos para la cosecha. ¡Qué tonta soy! ¡Si es de noche! No hay luna, pero las estrellas tienen su encanto y hoy, como ninguna otra noche, brillan con mayor fulgor. La brisa fresca le acariciará el rostro, las estrellas llenarán su mirada; la noche misma lo conquistará, reduciéndome a un punto insignificante en su mente; en su vida. Me siento abandonada.

Las 9:00 P. M.

Dijo que a esa hora llegarían, a más tardar. El hotel, la gente entrando y saliendo. Mujeres extrañas para mí, pero para él la oportunidad de tener nuevos contactos. ¿Qué hará entonces? ¿El brillo de sus ojos se encenderá lleno de lujuria? ¿Irá sin dudarlo tras el primer cuerpo envuelto en un diminuto bikini? ¿Se paseará sonriente, libre, contoneándose al ritmo de: "Soltero y sin compromisos"? Siempre ha sentido curiosidad por las extranjeras. Las mulatas, las negras, las niponas y toda su parentela. ¿Serán realmente tan exuberantes como parecen? ¿Existirá una ceremonia especial para ir a la cama? ¿Para dejarse acariciar y hundirse en el placer? Me siento traicionada.

Las 4:00 A. M.

No he logrado dormir ni un solo minuto seguido y estoy segura que él pasa la mejor de las noches, en su habitación de hotel con cinco estrellas. Mi cama está fría, mi almohada como piedra y siento que hasta mi ropa de dormir está hecha como de guijarros. La mente no me deja en paz. No cesa de atosigarme, de gritarme en silencio que él me engaña allá, donde se encuentra lejos de mis ojos, de mi voz, de mis labios que no le darían tiempo más que para mí.

Voy de una habitación a otra, buscando su presencia, su aroma, la huella palpable de su vida conmigo. Toco sus efectos personales, apretándolos entre mis manos, como si con ello lo conminara a volver y

no marcharse jamás. Enloquezco.

La 1:00 P. M.

Esas horas en la oficina redactando cartas, tomando apuntes del jefe durante las juntas y el parloteo de mis compañeros de trabajo, le han dado cierta paz a mi mente, agotada por la incertidumbre. Pero la hora de la comida me envuelve una vez más en la zozobra. Dos emparedados, un soda dietética y yo sentada en una fría banca de plaza; sola, atrayendo las miradas de quienes por ahí pasaban. Me hacía sentir vieja; derrotada. Quizás dependía demasiado de él. Quizás esa impresión de soledad que me quedaba cuando él se iba, era una coraza que no me permitía ver más allá de lo que su imagen de hombre me permitía. Estaba confundida.

Las 5:00 P. M.

He estado reconsiderando con seriedad mi relación con él. Prometió llamarme y no lo ha hecho. Hasta este momento me doy cuenta lo que le cuesta cumplir sus promesas. Antes están sus prioridades y yo no me encuentro entre ellas. Quiero ser más fría y menos apasionada. Son ya tres años en los que siempre he aceptado sus términos, haciendo a un lado los míos. ¿Por qué nunca lo advertí? ¿Por qué ahora todo se aclara y veo mejor mi panorama? Resumiendo: en realidad no soy nada para él.

Las 6:00 P. M.

Miro a la calle por la ventana, esperando todavía su llamada. Lo veo de nuevo, caminando hacia su auto, sonriente, jurando que va a extrañarme enormemente y siente en el corazón que no pueda acompañarlo. Bromea un poco, haciendo como que arrastra kilos y más kilos de cadenas: el trabajo. Regresa a mi para besarme de nuevo y preguntar si quiero algo especial como regalo. Pero lo dejo a su gusto. De nuevo se despide y se va en medio de la tarde que cae. Un suspiro me abre el pecho.

Las 7:00 P. M.

No llamará. Lo sé. Lo siento. Ya no tengo ansiedad. Mi mente parece haber encontrado el lugar perfecto para reposar y no robarme la tranquilidad. Me concentro en mí y solo en mí. Algo que no hacía los últimos tres años. Me relajo.

Las 8:00 P. M.

24 horas. Estará más tiempo fuera en su seminario sobre publicidad, pero han bastado 24 horas para que mis ojos ciegos se abrieran a la realidad. Ya antes me había dejado por ese tiempo, pero nunca para ir tan lejos como ahora. Lo sabía aquí, en algún punto de la ciudad; se tomaba la molestia de llamarme, de tener juegos conmigo por teléfono. Un día

me enviaba flores, otro, chocolates o algún muñeco de peluche con mensajes específicos: "Te quiero". "Te extraño". "Siempre estás en mi mente". Y yo lo creía porque necesitaba creerlo. 24 horas y me siento arropada de una decisión que nunca pensé llegaría a tomar. Me iré. Llenaré mis maletas. No me llevaré nada de lo que él me regalara. Era momento de tomar por mi misma las riendas de mi destino. Me atrevería a jurar que no le importará; que no me echará de menos.

Su esposa lo consolará.

Capítulo 39

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Yo no lo sé de cierto, supongo

... que la lascivia viste tu mirada cada vez que te encuentras con mi cuerpo. Y tus manos, al rozar las mías parecen cargadas de caricias mal sanas; que tus labios áridos quisieran arrasar con el manantial de los míos e invadir mi tierra virgen; sembrar en ella y habitarla por siempre.

Yo no lo sé de cierto, pues no conozco de hombres, de amores, pasiones o deseos... simplemente lo supongo.

Los dos

Yo, delante de ti, arrastrando tus quejas y reproches. Tú detrás de mí, atado a mis miedos y mis culpas. Somos el uno para el otro. Agua y aceite. Día y noche. Lastre mutuo.

Capítulo 40

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Evo

Ahora me envuelven las sombras de la soledad. El viento llora tu ausencia y se ríe de mi desdicha. Me culpa de tu muerte y yo lo acepto. ¡Ah! Si pudiera detener el tiempo y volverlo atrás. Pero el tiempo no es esclavo de los caprichos de nadie y mucho menos de los míos; mísero ser. Arrogante hasta los extremos; sapientísimo señor. Erudito de la vida y la muerte. Genialidad de todas las ciencias; acérrimo desafiante de lo divino. La eternidad. ¿Qué es ahora para mí la eternidad? Creí vencer a Dios que nos creó para nacer, crecer, reproducirnos y morir. Creí romper ese ciclo que me parecía insuficiente para cualquier vida humana. El mundo es tan grande y hay tanto que aprender de él, que mi ambición por encontrar la eternidad me hizo ignorar la divinidad del Creador y olvidar la fragilidad de la vida. Laura ha muerto. Mi ciencia y mi triunfo no fueron nada cuando su vida se escapó de mis manos como agua fresca. Mi llanto y mis súplicas no bastaron. El ángel de la muerte se la llevó en un suspiro, dejándome solo. En la oscuridad de mi alcoba he clamado miles de veces a la dama fría para que me robe el aliento. Ella viene, me arrastra entre sus garras, corta mis venas y apaga los latidos de mi corazón. Pero cuando ya me veo recorriendo el túnel que me llevará al encuentro de mi amada, la vida vuelve a mi cuerpo y me grita con sorna que de ella no me escaparé jamás. Y veo pasar inviernos, primaveras, veranos, otoños. Y veo surgir guerras, catástrofes, enfermedades y muerte. Soy testigo de grandes acontecimientos. He conocido el mundo y todo lo que el encierra. Pero nada me deslumbra ya. He perdido la ansiedad, la pasión y la curiosidad. Me he convertido en un errante más; sin rumbo fijo. Mi lecho es siempre la lápida más vieja de algún cementerio. Y añoro con desesperación la paz y tranquilidad que me rodea; la paz eterna de los muertos. La muerte. Yo que antes la desdeñé ahora la imploro; pero ella ya no se molesta en venir a mí. Mi ego y mis blasfemias la destruyeron, pero aún así sigo gritándola: ¡Ven a mí! ¡Toma mi corazón y mis entrañas! ¡Líbrame de ésta agonía sin final! ¡No me dejes solo... y con la eternidad de mi vida! Dios... Señor... ¡¡Padre!! ¿Te apiadarás algún día de mí?

Capítulo 41

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Un breve y profundo amor

El bolígrafo se deslizó entre aquellos renglones como patines sobre hielo pulido. Inyectó su tinta convertida en palabras; frases sentidas, cargadas de una pasión que más no podía contener. Su sentimiento era pleno, sincero y puro. Hacía tiempo que deseaba expresarlo, pero se había visto obligado a errar en otros caminos. Caminos plagados de infortunios, celos, venganzas que sólo arrastraban dolor y llanto; miedo e incertidumbre. Aunque fuese por unos momentos, quería que todo eso quedara atrás, brotando entre ellos el amor verdadero. Ese que ilumina ojos, alarga labios en una sonrisa y hace palpar corazones con mayor fuerza. El que mira todo en su exacta estatura y no el que corrompe; que sangra la herida, viendo su entorno oscuro. Un corto tiempo, un breve espacio pero suficiente para darse por entero; para asegurar, que aunque habría otras después de ella, él la amaría mucho más por ser la primera; porque en ella quedaría plasmado con mucha mayor claridad el amor; su amor. Y pedía perdón aunque era algo inevitable, que no estaba a su alcance detener. Era el destino de ambos: ser el primero y el último en ella, pero ella no la única. Su idilio se agotaba. El espacio-tiempo disminuía y él sin tener la dicha de derramar algunas lágrimas en su forzado adiós; por ser quien era: un instrumento de alguien más que lo manipulaba, para ir en pos de otra y otra y otra hasta dejar, sin obtener nada a cambio, ni el más mínimo agradecimiento, su última gota de tinta.

Capítulo 42

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Yo

Te dedico mis horas. Te dedico mis sueños. Mis antes y después. Mis risas y sufrimientos. Mis aventuras, mis tropiezos. Mis gustos y disgustos. Mi música, mis imágenes que reflejan más de mí de lo que yo misma creo.

Te dedico mis pensamientos y sentimientos. Mis dudas y secretos. Mis temores, mis valores. Contigo soy. Sin ti miento y me miento. Construyo en mi entorno murallas imbatibles. Murallas de silencios, de abstracciones disfrazadas de rutina. Y resumiendo, porque se ha acabado mi sesión: Te amo, chat.

Pero perdimos

Una banca en el parque. Frente al farol y un arroyuelo cristalino. Este era nuestro sitio favorito. Pero ya no estás tú ni estoy yo. El amor entre los dos llegó y se fue, como el día y la noche. Así de simple. Así de sencillo y a la vez, desesperadamente doloroso. Te recuerdo. Te sueño. Te amo todavía.

Surreal

Voy de arriba a bajo, de un lado a otro. Me mezo, salto, palmeo; escalo la pared con mis pestañas y zurzo las heridas de mi corazón con mis cabellos castaños. No quiero saber más de ti. Ni de mí ni de aquél que me robó lo más preciado.

El arlequín de chocolate, aún no termina de comerse mis entrañas.

El espejo no me devuelve mi reflejo.

No me encuentro.

Capítulo 43

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Hija de la noche

Me gustan las noches con luna. Además de románticas, son marco perfecto para el misterio; para lo desconocido e irreal. Y yo soy hija de lo irreal. Vago entre nubes, en busca de cuerpos, con sangre caliente que me alimenten. Que me nutran de esa savia roja y ardiente que los recorre, como río palpitante. Torrente vivo que a su vez me da vida. No tengo preferencia especial. Lo mismo sigo a jóvenes que a viejos; a sanos o enfermos, porque entonces yo puedo sanarlos. Yo puedo —si quiero— darles la oportunidad de sobrevivir. Con un costo, claro. La eternidad. Pero conmigo. Vale la pena, ¿no?

¿Y bien? Aquí me tienes. Dispuesta a aclarar tus dudas. ¿Quieres saber más de mí? ¿No te basta que sea hija de la noche? ¿Debo relatarte cómo me parió?, ¿cómo me concibió?, ¿cómo llenó mis ojos con la luna y me formó de las profundidades del océano? Soy y seré. Es una realidad o irrealidad que no muchos poseen.

Mi memoria no tiene edad. No tiene tiempo. Yo fui desde los inicios y seguiré siendo hasta el fin. No me conoces. Crees que sí, pero te engañas. Yo, en cambio, sé de ti antes que nadie. Vives cuidando de tus pasos. Mirando con disimulo por sobre tu hombro. Imaginando que el mundo entero está en tu contra. Sólo hace falta que te plantes ante un espejo para saber quién es el culpable de todo.

Capítulo 44

Cuentos... no sé de dónde

pot: Lupita Arciga

La campana

Sin lugar a dudas mi segundo hogar más querido ha sido la escuela. En primer año me tocó ir tanto en la mañana como en la tarde. Mi mamá recuerda lo que "batallaba" para enviarme al turno vespertino. No porque yo no quisiera ir, sino porque solía tomar la siesta y mientras comía comenzaba a cabecear de un lado a otro, a punto de plasmar mi cara en el plato. Mi primo Carlos, quien era quien me llevaba, odiaba remolcar a la somnolienta. Eso terminaba cuando ponía un pie en la manzana donde se encuentran las escuelas. El bullicio de cientos de niños me despabilaba como fresca llovizna y entonces era yo quien remolcaba al primo para llegar pronto. Antes de entrar a clases algunos niños se apretujaban alrededor de las "carretitas" para comprar dulces, chicles, una tajada de jícama con chile o quizás una tostada. No faltaban también los paleteros y el señor de las manzana acarameladas. En ocasiones mi mamá me daba veinte centavos para gastar, pero yo nunca compraba nada antes del recreo. Al entrar a la Esc. José María Morelos, o la escuela vieja como mejor la conocen, sus aromas naturales me impregnaban como con savia viva. Su patio recién regado, las tizas, pizarrones, la viruta desprendida de los lápices. Sus sonidos: el roce de los árboles unos con otros; las hojas de los cuadernos y los libros al abrirse; los toscos, pero aún así cómodos mesa bancos, el golpeteo de la tiza contra la pizarra y uno que otro cuchicheo entre compañeros, preguntando por alguna palabra que no alcanzaba a ver. Horas continuas de estudio y conocimiento que algunos absorbían como con esponja y otros como con cedazo. Pero sin lugar a dudas lo que todo ansiábamos sin excepción, era la hora del recreo. No tanto porque saldríamos a jugar y comprar chuchulucos, sino por algo muy especial. Cada semana, un grupo distinto se encargaba de los honores a la bandera, la cooperativa y el toque de campana. El maestro siempre la tañía para entrar, pero escogía a uno de sus alumnos para tocarla a recreo. Esa semana era la de nuestro grupo. Último día y aunque me controlaba yo deseaba enloquecidamente tener ese privilegio. Bien sabíamos cuando el momento ansiado por todo estaba por llegar. Desde nuestra aula se veía la cooperativa y al director abriendo sus puertas. Garrapateábamos la última parte de nuestra plana y nos quedábamos quietecitos en el mesa banco; aplicados y con cara de "soy un ángel". El profe se ponía de pie e iba fila por fila hasta detenerse, tocar el hombro del afortunado y enviarlo a tocar la campana. Yo jugaba mis pulgares, oyendo el recorrido del profe por el salón. Mi fila sería la última.

“¡Ay, Diosito! Que me escoja a mí, que me escoja a mí”.

Aún recuerdo con sumo cariño ese momento especial. Me hallaba en aquella fervorosa súplica cuando sentí la mano de mi preceptor, que sonriendo me pedía saliera y llamara a recreo. De “corre que te alcanzo” le obedecí feliz, yendo hasta donde pendía el bronceado instrumento. ¿Qué serían? Con mis escasos siete u ocho años, me paré de puntillas para alcanzar el cordel atado al badajo y lo halé vigorosamente. La voz de la campana resonó por todos los lares, mientras yo sentía mi corazón palpar a su son y veía cómo de cada aula salían niños gritando y corriendo; dispersándose por el patio para disfrutar del recreo.

Capítulo 45

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Ensueño

Se acabó. Su esperanza, su sueño se vino a bajo. Se encontró con unas manos suaves, dedicadas a crear otras vidas, otras historias; a construir paisajes de luz y esplendor; a hacer de la noche día, de la tristeza, alegría; de la palabra canción, verso, frase que moviera sentimientos, que elevara el espíritu. Se encontró con unos ojos luminosos, joviales, profundos que lo observaban todo; con unos labios sonrientes, sin maquillaje alguno pues no lo necesitaba; se encontró con una voz clara, afectuosa, grata al oído... pero no era lo que él había imaginado al "chatear". Había aguardado con ansia su encuentro y jamás imaginó que ella; su amor de cyber, era su madre.

Compás

Tengo un mal presentimiento. No de hoy ni de ayer, sino desde el principio. He visto nacer y morir muchos soles; me he enamorado sin tapujos de otras tantas lunas: soy romántica por naturaleza, supongo. Me ilusiono fácilmente, aunque no caigo igual en cualquier red. Soy sirena escurridiza que prefiere seguir siendo mito a emerger de sus océanos, plétoras de tesoros que nadie busca, que a nadie interesan. Me invitaron a navegar y acepté sin arrancarme esa sensación de que cometía un error; que era la curiosidad quien lo impulsaba y no el sincero deseo de conocerme. Pero decidí arriesgarme y aquí estoy, con mi ridícula flor roja en la sien derecha, vestida de blanco completo y sentadita en una banca de la plaza principal. ¿Falta decirlo?

El jamás llegó.

Capítulo 46

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Noctámbulos

Se apagó la última luz de la casa y todo fue silencio; aparentemente. Los ratones iniciaron sus correrías nocturnas. Tregar por la madera del mueble del lava trastos no era cosa del otro mundo. ¡Oh, sí! Esa noche cenaron tostadas. Rodajas de tomate y pepino sobre la tabla para picar verduras eran un buen comienzo. En los platos sucios recogieron un poco de carne, pero las hormigas se rebelaron y los atacaron. La carne era suya. La habían detectado primero. Un grillo bebía de una gota de leche, pero al descubrir a una desagradable cucaracha saltó hacia la estufa. El desplante no le incomodó a la acorazada eterna. Un rayo de luna que se filtraba por entre las cortinas tocó su reluciente estructura. Ni siquiera los nuevos modelos automovilísticos eran tan resistentes como aquella fétida y asquerosa cucaracha. Se movió ágil por la cubierta de formica, embarrada con jugo de limón, refresco de cola y leche. No se detuvo a degustar nada. Bajó del mueble y siguió por el piso amarillo, adosándose a la pared: era un gusto de generaciones. En su camino se topó con una araña patona, quien ni siquiera la sintió cuando pasó por debajo de su protuberante vientre: venía un tanto molesta de la esquina Este de la casa. Tejiendo y tejiendo durante horas para que le destruyeran su hogar. Buscaba otro rincón en qué construir su morada. Oculta en la base de una maceta artificial, la cucaracha revisó el terreno. En varias ocasiones algunas de sus hermanas habían "caído" bajo la inesperada aparición de un zapato rumbo a la cocina. La vía estaba libre y apresurada atravesó la sala, yendo debajo del librero. Sus patas se marcaron en el finísimo polvo acumulado por semanas bajo el mueble. Pudo apreciar una que otra envoltura de caramelo; una pastilla vermífuga escapada deliberadamente de unas manos infantiles; pelusa diversa, cabellos y cascarones de arácnidos y otros insectos. La detestable se movía como por un campo después de la batalla. En un rincón se encontró con una horda de "pececitos de plata", quienes se ponían de acuerdo para atacar. En el estante superior percibían el delicioso aroma de un ejemplar recién llegado. Sin dar cuenta de ella, se separaron ávidos. La inmundicia los siguió de cerca, curiosa por saber el título del libro a devorar. Más los perdió en una veintena de enciclopedias, diccionarios y novelas de distintos géneros. No importaba. Escaló el vano del librero hasta la cima del mismo. En una esquinita se hallaba una hogaza de pan seco de la que se alimentaba desde hacía una semana. Se acercó, agitando sus antenas con emoción. Se disponía a hincar sus mandíbulas cuando la sorprendió un ciempiés. Retrocedió a la defensiva, pero observándolo mejor vio que no era rival digno. El animalejo lucía agotado. Había estado relamiendo sus patas

desde hacía horas. Se alejó ondulante, echando pestes por el polvo. La cucaracha trepó la migaja seca y se perdió en su interior para descansar. Mientras, el grillo se encontró con una hembra de su especie y sugestivo frotó sus élitros para conquistarla. No todo es silencio durante la noche.

Capítulo 47

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

La billetera

Muchísimo hace ya. La televisión era un sueño que iniciaba para muchos; en la radio sonaba día y noche la música de Benny Goodman y Glenn Miller invitando a la juventud de entonces a bailar, haciendo volar las faldas con crinolinas al compás de un swing.

David era un hábil carpintero, pero tenía un defecto: le gustaba el "chupe", como hermoso era el azul del cielo en aquél entonces. Llegó quién sabe de dónde, con la pinta de un fugitivo de "La Castañeda", más que de un ser humano. Los alimentos los prefería de lejesitos y el agua, en el último de los casos. Era un hombre que hablaba poco, pero cuando se ponía hasta atrás no había quien le parara la lengua. Entre sus tantas incoherencias por el alcohol, gritaba que él algunas vez fue un hombre tal cual, pero por "ella" se había perdido. Luego palmeaba cerca de su corazón y decía: "Aquí llevo toda mi vida". Lloraba con el sentimiento que le desbordaba el licor y tendido entre tablones brindaba con las estrellas por el "porvenir".

A pesar de su alcoholismo jamás le faltó el respeto a nadie ni miró con malicia a mujer alguna. Una súplica de perdón brotaba espontáneamente de sus labios, cuando llegaba a rastras a la humilde casa en que le ofrecían albergue. Escuchaba los consejos, pero jamás los puso en práctica. El vino era su desayuno, comida y cena. No cabía en cabeza alguna cómo bebiendo como bebía era capaz de construir él solo una casa. Con los primeros rayos del sol iniciaba y clavo tras clavo y trago tras trago, afanaba todo el día. Su pago era siempre una botella; no aceptaba más. Terminado su trabajo, desaparecía una temporada, pero siempre volvía con la familia que le tendiera la mano tan desinteresadamente. Y los niños gritaban: "¡Allí viene David!". "¡Allí viene David!". Y salían a su encuentro para darle la bienvenida y saber de sus andanzas por aquéllos lares que sólo él conocía. David alborotaba las hirsutas cabecitas, prometiendo un relato completo al anochecer.

Pero un verano se cansaron de esperarlo, y alguien por ahí comentó que lo encontraron muerto, sentado en una banca en la plaza, frente a la iglesia. A su lado, una botella de tequila sin abrir reflejaba los irisados rayos del sol matinal. En su camisa, junto a su corazón hallaron una billetera. No contenía identificaciones de ninguna especie. Sólo hallaron el encabezado de un periódico, amarillento de lo antiguo que era: "Pescó con otro a su esposa y los mató". Un par de fotografías de unos novios que

difícilmente podían identificarse. Pareciera que alguna vez cubrieran sus rostros con algo de tinta y luego, con desesperación quisieran limpiarla.

Tarjetas postales de distintos puntos turísticos de la nación, sin texto ni remitente alguno y al final, clara como si acabaran de tomarla, la fotografía de un hombre de aproximadamente 30 años. Bien vestido, atractivo y una sonrisa a flor de labios, que irradiaba vida. Era David y el eco nítido de lo que alguna vez fue.

Capítulo 48

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Sarita

El suceso por demás era único. Los periódicos nacionales y extranjeros dedicaban extensas columnas sobre el caso. Hombres, mujeres, jóvenes e incluso hasta los niños hablaban del hecho. Los dimes y diretes en el congreso, los presidenciables, los video escándalos y hasta el final de la telenovela X o Y pasaban a segundo término.

Doña Sarita era un personaje ampliamente conocido de su comunidad. Seis en punto de la mañana y la anciana de 82 años ya barría la hojarasca y basura de su banqueta. Todos aseguraban que no había persona más activa que ella. Su edad no le impedía realizar las cotidianas labores de su hogar. Aunque había una muchacha que la ayudaba: Teresita, ella continuaba cocinando como en los últimos 50 años para su amado esposo Arnulfo, sus hijos, nietos y bisnietos, como una veinte añera. Acudía al mercado para escoger las mejores frutas y verduras y sostenía simpáticas charlas con los vendedores de quienes siempre obtenía al añorado "pilón" sin siquiera solicitarlo. Muchos las consideraban un cofrecillo lleno de agradables sorpresas. Estudiaba. Sí. Sarita, la octogenaria tomaba clases de pintura, danza y arte dramático. Ya había participado en algunas exposiciones junto con sus compañeros y obtenido excelentes críticas sobre su trabajo. Era un ejemplo para muchos. Sin embargo, cierta mañana, sus vecinas salieron a regar sus jardines y no vieron a Sarita como de costumbre barriendo su banqueta. La preocupación fue general. Algo le había ocurrido. Cuando se supo de su inesperada muerte la consternación tocó los corazones de cuantos la habían conocido, pero cuando se habló de un crimen, la indignación resultó mayúscula. ¿Quién y por qué se atrevería a lastimar a tan dulce y amada ancianita? La familia, inconsolable deseaba justicia inmediata. Los resultados del médico forense eran irrefutables: Sarita había muerto asfixiada. Sus hijos solicitaron en el acto la presencia de la policía. Las investigaciones se iniciaron, pero el caso era demasiado claro. La noticia corrió como reguero de pólvora, capturando la atención, incluso del mundo entero. El juicio del acusado se transmitiría por televisión. El juez encargado interrogó: "¿Por qué lo hizo?". El causante de la muerte de Sarita, la dulce y muy activa octogenaria no respondió. Igualmente fue interrogado por el fiscal y el abogado de la familia, pero el hueso de durazno que se atorara en la garganta de Sarita, asfixiándola siguió en silencio.

Capítulo 49

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

¿Qué buscan?

Es una escena que se va repitiendo de esporádica a intermitente. Dos adolescentes vienen al muelle. A lanzar su hilo. ¿Para qué? ¿Qué buscarán?

Quisiera creer que nada, pero si se toman la molestia de traer consigo sedal y un buen anzuelo, es obvio que buscan algo.

Esos mocosos impertinentes no fallan. No parece importarles el tiempo. Pasan horas y horas moviendo el sedal aquí y allá, pero no "pica" nada. ¿Por cuánto tiempo?, me pregunto.

¿Acaso no tienen escuela?, ¿un empleo que cuidar?, ¿alguna responsabilidad X? Ni siquiera la lluvia los detiene. Los detesto. Porque con su actitud, inocente o no, me crispan los nervios y me obligan a recordar lo que no quiero.

Tuve un matrimonio de 50 felices años. Parí tres hijos que eran casi como la sangre de mis venas. A los tres los perdí, en esa maldita guerra contra Hussein. Pensé que no viviría más. Me hicieron polvo el corazón. Aún así, seguí caminando. Seguí respirando. Pero... con mi Antonio, mi compañero de toda la vida sucedió lo contrario.

Cuando me enamoré de él, uno de los primeros signos que me atrajeron, fue su fortaleza. Yo lo miraba, y me parecía una montaña imbatible. Tuve Fe ciega en él. Mi refugio imperturbable. Mi seguridad entera.

Todo eso se vino a bajo cuando el gobierno devolvió a nuestros hijos en bolsas. Los discursos no valieron de nada.

La caída de Antonio fue lenta, pero imparable. Mi montaña se desmoronó. Mi refugio se colapsó, dejando mi seguridad a la misericordia social.

De unos meses acá, nuestra situación se complicó. Antonio se me puso mal. No me dejó llamar a ningún médico. Tenía la certeza de que moriría. Y así fue, pero antes de dejarme para siempre, me propuso lo

inimaginable.

Si él moría, la pensión que el gobierno nos cedía se reduciría alarmantemente: me propuso entonces callar su fallecimiento. Su cuerpo había quedado reducido casi a nada por la tristeza y la enfermedad.

La madrugada en que él murió, lo envolví con sumo cuidado en una sábana, plástico y finalmente en un cobertor; azul profundo.

No entraré en detalle de mi titánica incursión para trasladar el cadáver de mi amado esposo, a ese punto específico, donde ese par de mocosos insisten en lanzar el anzuelo.

Estoy vieja, cansada y sólo le pido a Dios, ique mande un par de rayos a esos curiosos de porra y dejen descansar en paz a Antonio en su tumba de agua!

Capítulo 50

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Bajo la lluvia

Camino bajo la lluvia, pero no me mojo. Camino sin mucha prisa, con las manos en los bolsillos de mi chaqueta, pasando por charcos lodosos donde cantarinas ranas saltan juguetonas, felices de aquél aguacero. Yo no puedo mostrar felicidad. Acabo de dejarte atrás. Sentado ante la mesa de la cafetería donde por más de un año nos encontramos para hacer de nuestra vida algo especial, algo distinto. ¡Y vaya que ha sido distinto hoy! No sólo porque llueve a raudales sino porque te diste cuenta que lo nuestro ya no va, ya no funciona. Que se volvió rutina. Que el ver de nuevo mi rostro no hizo saltar tu corazón, no iluminó con una sonrisa tu cara, tus ojos, ni tus labios tuvieron más el mismo deseo de tocar los míos. Me atreví a preguntar por qué y echaste atrás tu cuerpo, cerrando tus maravillosos ojos azules como diciendo: "Tenías qué preguntar". Y sí, tenía que hacerlo, porque ha sido un poco más de un año en que yo he vaciado en tus manos mis sueños, mis penas y alegrías. Que he dormido en tus brazos confiada en que al abrir los ojos ahí estarías, dormido a mi lado o velando mí sueño. ¿Por qué? Había alguien más. Alguien que conociste esa semana en que yo tuve que salir de la ciudad. Simpatizaron, salieron un par de veces, pensaste que sería pasajero, pero jamás salió de tu mente, de tus deseos y seguiste viéndola. No era más joven que yo ni siquiera mayor, pero revolucionaba tu vida como yo, según tú, ya no lo hacía. Aseguraste que debía ser así; ella calaba tus huesos como esta fría lluvia cala los míos. Pediste perdón. No fue algo que planearas, que buscaras. Sólo se dio y debíamos agradecer que hubiera sido antes de que lo nuestro pasara a otro nivel. Así de simple. Me enamoré de otra. Ya no te quiero. Ya no te necesito. Algo dentro, en mi corazón se desquebrajó. Llorar nada remediaría. ¿Buscar reconquistarte? ¿Para qué intentarlo? Habías sido claro y sincero conmigo. Nada te haría cambiar de opinión, aún si te dieras cuenta que cometías un error. Te conocía. Y bastante bien.

La lluvia aumenta. Sigo caminando sin sentir que me moja. A partir de ese momento todo cambia para mí. Tendré que borrarle de mi mente; de mi corazón. Tendré que vaciar los arcones de mi alma de tus dulces palabras, de tus frases de amor; de tus besos y caricias. Pero no me quedo vacía del todo de ti. Un hijo tuyo ya crece en mis entrañas.

Capítulo 51

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Placer

Apenas podía mantenerse en pie. Se le habían pasado un poco las copas; las botellas, más bien. Balanceándose de izquierda a derecha y de adelante para atrás, inútilmente conseguía encender un cigarrillo. Su no muy firme estampa y el frío viento de otoño que corría, se lo impedía.

Reía solo, no por su afán sino por las horas placenteras que pasara en la cantina. Aún sentía entre sus dientes la cáscara de los cacahuates y la cerveza burbujeante por su sangre. En su mente resonaban las voces de Paquita la del barrio, los Tigres del norte y Sergio Vega, (artistas populares de por acá) entre otros que no eran mucho de su agrado. La plática con las viejas de la cantina siempre era muy amena. Contarles lo que amaba a su esposa y sus hijos era su orgullo y las fotografías que llevaba de ellos iban de mano en mano. No faltaba alguno, no menos sobrio que él, que le espetara su envidia por tan linda familia. Y era suya no más.

Los ojos se le arrasaban en lágrimas loando las virtudes de sus amores. Su esposa era una santa. Se encargaba de mantener en orden la casa, siempre le tenía la ropa impecable; sus comidas eran las mejores; nunca le reñía. ¿Sus hijos? Primeros lugares en la escuela; no eran vagos, practicaban deportes, serviciales, obedientes; amantes de los libros y comenzaban a noviar con señoritas decentes; hijas de familias probas. Después de "babiarse" tanto por su familia le había tupidado al baile. Aunque en sus cinco sentidos no tenía idea de cómo tomar entre sus brazos a su compañera.

Al fin, el viento travieso menguó lo suficiente para permitirle encender el cigarrillo. Buscando guardar su mechero plateado, éste escapó de sus manos y fue a caer entre sus botas lustrosas. No hacía ni los tres días que las comprara. De piel de cocodrilo. Nada de imitaciones que para él, sólo lo auténtico tenía valor. Caminó de manera zigzagueante, sacando de su bolsillo trasero las llaves de su camioneta: una Durango azul eléctrico que no cumplía aún el año. Le quitó la alarma y subió a ella. Ante el volante lanzó un suspiro de satisfacción. La sonrisa no se apartaba de su rostro, sonrosado por el exceso de alcohol. ¿Por qué bebía? Tanto se lo preguntaban, que él también, mirándose borrosamente en su espejo retrovisor, lo hacía. ¿Por qué bebía? Era un hombre afortunado en todos los aspectos: Hermosa familia, su propio negocio, bien remunerado; no era pendenciero, mucho menos vengativo. Las afrentas de su vida las

saldaba con dignidad y diálogo abierto. Su niñez fue perfecta. Entonces, ¿qué lo impulsaba a beber de esa manera exagerada? No había más respuesta: Placer. Simple y llanamente, el beber le producía placer y nada ni nadie podía reprochárselo.

Metió la llave en el encendido y su pie hundió hasta el fondo el acelerador. Si escuchó o no el fuerte impacto, esa será una pregunta que jamás tendrá respuesta.

Capítulo 52

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Ramón

Se fue con la plena convicción que en el "otro lado", la mentada U. S. A había más oportunidades para él. Con el agua a la cintura y la mochila en la cabeza cruzó el río con otros tantos. En su mente bailaban como hermosas odaliscas mil y un sueños que pronto convertiría en realidad. Sus manos fuertes le parecían nada para sostener los billetitos verdes que ganaría. Se veía en su propio auto, vistiendo como nunca y alimentándose como jamás. Le mandaría construir por fin su casita a su madre y se encargaría de que sus hermanos estudiaran una buena carrera. Pero qué encontronazo fue el impactarse con la realidad. Sin sus papeles en orden, sus sueños se desvanecieron como la bruma ante la aurora. Siempre a salto de mata y orando porque la "migra" no lo atrapara. Llegarse a la ciudad fue su peor error. Allí la corrupción del bajo mundo se encargó de destrozarse lo bueno que aún llevaba en su ser. El alcohol y las drogas minaron su voluntad; sus ganas de trabajar y su último sueño: volver a su tierra.

Los años pasaron y Ramón se convirtió en un indigente más de las urbes. Su piel se marchitó. Su cabello se tornó canoso e hirsuto y en una riña por un pedazo de pan que se encontrara en un contenedor de basura, perdió varios de sus dientes. Pasó noches de frío y de tormenta en las alcantarillas y en esa soledad sin sosiego, perdió la razón. Hablaba solo por horas, alucinando con los suyos; añorando el pedacito de tierra que ya no quiso cultivar. Veía a su madre llegar y servirle una taza de café caliente, con un platón de frijoles en agua y sal y un altero de tortillas de maíz. Quería disfrutar de nuevo esa pobreza material, pero riqueza fraterna. Impulsado por sus pesadillas y delirios, emprendió el regreso a casa. Años tuvieron que pasar para que la policía fronteriza lo capturara y lo dejara de "éste lado".

Sus pies desnudos, ajados de tanto caminar lo llevaron por instinto a su terruño querido. Pero ya no encontró a su madre. Había muerto al año siguiente de su partida, angustiada por su ausencia. Sus hermanos se habían desperdigado por rumbos desconocidos, creyéndolo muerto y sus vecinos no lograron reconocerlo. Sus tierritas las trabajaban otros, que sudando a mares bajo el intenso sol, elevaban una plegaria a la virgencita de Guadalupe para que la cosecha les fuera pródiga. Su apariencia física daba miedo a los niños y con el costal que arrastraba los padres comenzaron a llamarlo el "roba chicos" para controlar a sus pequeñuelos.

Nada más alejado de la verdad. Nada más absurdo que pensar.

Aquel hombre lo había perdido todo buscando una mejor vida. Muchos lo considerarían un despojo humano. Una piltrafa por la que únicamente debía sentirse lástima y asco. Pero en medio de su perturbación, de su miseria, él se sentía retribuido por la vida. En U. S. A fue una hoja arrastrada por el viento que nadie vio, pero en su tierra se convirtió en el loco. Libre para ir a donde quisiera y sin tener que esconderse más.

Capítulo 53

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Balón rojo

El balón rodaba calle abajo y con la pendiente a su favor ganaba cada vez más velocidad; dando tumbos felices, girando con toda libertad; llamando la atención de quienes esa tarde de primavera caminaban por las aceras. Nadie se atrevía a detenerlo, a tomarlo y hacerlo suyo si se le daba la gana. Simplemente lo miraban, esperando ver tras él a algún chiquillo, que travieso corriera en pos suyo. El ambiente lleno de trinos y mariposas coloridas, revolteando entre los floridos setos, fue roto de pronto por la sirena de una ambulancia.

Capítulo 54

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Lección

Lo conoció en un bar. Le invitó una copa, la aceptó, charlaron de todo y nada terminando en un hotel cercano, follando hasta más no poder. El venía de una larga temporada de abstinencia, ella desesperaba por perder su virginidad. Recorrieron toda la habitación dejando huella de su estancia en ella. Se saborearon mutuamente, se poseyeron mutuamente y hartos el uno del otro se echaron a dormir. Cuando ella despertó estaba sola; a su lado un par de billetes y una nota de agradecimiento por los servicios prestados. Jamás volvió a salir a un bar.

Capítulo 55

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

¿Por qué no está la llave en un llavero?

¿Y qué sé yo? ¿Acaso debo tener respuesta para todo? Es un simple pedazo de metal que únicamente tiene valor y sentido para quien la perdió. ¿Y quién sería la tal persona? Un estúpido, de seguro. O estúpida, que es lo más probable, dirán aquéllos, los del sexo fuerte. Atarantada, como siempre, habrá salido arreglándose el cabello, pintando sus labios, revisando llevar en su sitio: blusa, falda... ¡medias! Corriendo a la vez por la acera para alcanzar el autobús y llegar a tiempo a casa... revolviendo en el bolso, en busca del pago del boleto, la habrá tirado, junto con las envolturas de su diafragma. Y ahí quedó, olvidada; al amparo de una húmeda piedra. Con las prisas del día, algún transeúnte le dará un puntapié y ¡feliz llave! A saltar por la acera. De aquí para allá, de allá para acá.

¿Y qué tal si se le ocurre llover? Con eso del calentamiento global, las temporadas de chubascos se adelantan, se atrasan, en fin... que en menos de lo que canta un gallo la llave estará rumbo a La Patagonia. Mientras, la atarantada se tumbará aliviada en el asiento del colectivo, riéndose sola durante el trayecto. Desdeñando las miradas curiosas y turbadas de los otros pasajeros, que seguramente pensarán: "El que solo se ríe, de sus maldades se acuerda". Y ciertamente pensarán bien: atrás, mucho antes del lugar en que cayó la llave, habrá dejado a su amante; suplicando por más de sus besos y caricias. Del otro lado, su marido, más atarantado que ella, estará aguardando su regreso. Confiado y bastante ansioso, porque dejó a Michelle, su perrita adorada encerrada en la bóveda y sólo ella tiene la llave.

Capítulo 56

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Una epístola cursi

La luna, como cada noche que reina en lo alto, se burla de mí. Se pierde de vez en cuando entre las nubes, tratando de ocultar su cara hermosa, resplandeciente, mofándose, según ella discretamente de mí, pues sigo esperando a aquél que eterniza su llegada. Y mientras la veo imagino sus ojos que jamás evitarán mirar los míos; sus labios dispuestos a abrirse para entregarme la mejor palabra, el mejor te quiero; sueño con sus manos buscando el contacto con las mías; sus pies descalzos hollando mi senda y su cuerpo que unido al mío formará el leño encendido que jamás se apagará. Y mi vida a su lado será casi perfecta. Sí, casi, porque entre las parejas son necesarias de vez en cuando las revoluciones.

Revoluciones, no guerras. Y no dejar de ser amigos que se cuentan y confían todo, ni novios porque los detalles son la mejor yesca para mantener avivada la llama; mucho menos dejar de ser amantes pues, ¿qué somos sin amor? Nada. Pero casi puedo oír decir a Selene: "Calla, ¿por qué te empeñas en soñar despierta? ¿No te cansas de esperar y no obtener nada? Deja ya descansar a tu imaginación. El que esperas quizás no existe. Nunca llegará y ese amor que llevas dentro envejecerá contigo y morirá contigo". Tal vez, suspiro. Pero precisamente porque puedo soñar, jamás dejaré de hacerlo. Y a ti, donde quiera que te encuentres, siempre te estaré esperando.

Capítulo 57

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Puertas

No sé lo que me pasa. No lo entiendo. Me confunde. Quizás sea una locura, una niñería, pero cada vez que abro una puerta, tengo un sobresalto. Un brinco en el corazón. Como si esperara encontrarme con alguien o algo; como si temiera ver lo indebido, lo insano, lo bochornoso, lo horroroso. Aunque le doy vueltas al asunto no puedo darme una explicación que me satisfaga, que me arranque esta desagradable inquietud. Esta ansiedad de continuar abriendo puertas y curarme de este miedo tonto. Seguí haciéndolo hasta que tuve un sobresalto con sentido. Me he encontrado con un espejo. En él he visto mi reflejo y tras de mí, las paredes de mi tumba.

Capítulo 58

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Aromas

Llueve. Las gratas y frescas gotas acarician las hojas de los árboles como un trino de mandolina. El suelo polvoso pronto se vuelve una pasta, juguete perfecto para unas manos infantiles que sacarán de él las creaciones más ocurrentes: pastelillos de chocolate, pizzas especiales, estrellas de lodo, gatos con cinco patas, gallina con apariencia de pato, lunas con nariz de pinocho; crece la manga, huele rico: a hierba fresca, ladrillos humedecidos, tierra por fin bendecida por la lluvia; café recién hecho, charla de los abuelos recordando sus mejores tiempos, viento cargado de esperanza, de tiempos mejores para el campo.

Capítulo 59

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Guerra

La vi entrar. No sé si ella me miró; quizás sí lo hizo porque corrió directamente hacia mí. Con esa arrogante seguridad que la mayoría de ellas poseen. No cambié mi posición sentada y fijé mis ojos en su carrera; en su trayecto directo hacia mi persona. ¡Vamos, acércate más!, la invité mentalmente. Ella no dudó, se apuró un poco más. Esta vez yo no me desesperé ni actué precipitadamente. La esperé. La dejé llegar y en el momento exacto: ¡zaz! La aplasté bajo mi tenis de doble suela. La cucaracha crujió bajo ella como dorada papita. Aún quedan billones de ellas en el mundo y yo, sentada en el retrete sólo a una aniquilé.

Capítulo 60

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Champagne

Los suaves acordes de un piano: Beethoven. Adagio cantabile, de La Patética. Cierro los ojos, me dejo abrazar por la melodía mientras sostengo en mi mano una copa de champagne ya sin burbujas, caliente como mi sangre. Pero sigo cada nota, imaginando al gran compositor poniendo en papel una de sus tantas inmortales obras. No sé de música. No distingo una blanca de una negra, un becuadro de un calderón, un allegro de un largo. ¡Ah! Pero sé de compases y silencios. Un compás de espera que hoy ha llegado a su fin. Y el silencio de silencios: la muerte. Tú muerte, maldito mentiroso y la de tu amante. ¡Hum! ¡Qué horrible sabe el champagne caliente!

Capítulo 61

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Reloj de arena

De tanto ir y venir, hablar y soñar despierta. De tanto ver y esperar, de tanto amar sin amar. Se me va yendo el verano. Se va apagando la hoguera. Se va agotando la fuente de agua fresca; se va el sol, la luna y las estrellas. De tanto andar por andar, buscando siempre tesoros ocultos y navegar sin un mar, clamando al cielo volar. Llorar de noche y a solas; velando el sueño a la nada; tender los brazos y no hallar quien los reciba, despertar y darme cuenta... que se me ha ido la vida.

Capítulo 62

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Tesoros

Me dijo que al final del arco iris hallaría una olla con monedas de oro. Desde entonces viajo por el mundo, en busca de cielos plomizos para perseguir tormentas y aguardar arco iris. El aroma de la tierra y la hierba después de las lluvias es exquisito. La naturaleza y la vida misma se revitalizan. No hay frescor mejor que el que queda después de que las nubes descargan toda esa bendita agua. Los cristalinos arroyos, el canto de las ranas, el de los grillos en la hierba. He caminado por millares de arco iris y ninguno tiene final, menos una olla con dinero. Más no descansaré hasta encontrarla.

Capítulo 63

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Hobby

Lo buscaban en todas partes: en cines, súper mercados, estacionamientos, la escuela, el trabajo, las estaciones de trenes, autobuses, el aeropuerto; en Sullivan. En otra ciudad, estado, país, incluso continente. En los campos de trigo, en los de fútbol, en los de guerra; en la cima del mundo, en lo profundo de los océanos, en la luna y su mar de la tranquilidad. En todas partes lo buscaban menos en su casa, en la que veía televisión mientras se rascaba lo que mora entre sus piernas y es la abominación de su esposa.

Capítulo 64

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Confusión

Bueno, ¿cómo te lo explico para que lo comprendas al fin? Sí, estabas trotando por el parque y el día era más que espléndido. Tenías un hermoso cielo azul sobre tu cabeza y alegres aves lo sobrevolaban. Sí, no tienes que repetirlo de nuevo. Sé muy bien que eres la persona más sana sobre la tierra: no fumas, no bebes, no consumes drogas, no te excedes ni en el sexo, pero nada de eso tuvo qué ver. El piloto de la avioneta sufrió un infarto; no tuvo control sobre su nave y se fue a pique, cayendo sobre el parque y arrastrándote a ti por el camino. Estás muerto. ¿Qué es lo que no entiendes?

Capítulo 65

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

El amo

No sé si es la noche o el sofocante calor que se siente, pero he salido de casa para caminar hasta el cercano parque y refrescarme un poco. En el cielo resplandece una hermosa luna; del bien arreglado y húmedo césped escapan incontables cantos de grillos y hasta he advertido una que otra luciérnaga. Es lindo. Es una noche fantástica, pero me doy cuenta que no puedo quedarme a disfrutarla. Regreso trotando a casa, mí casa, donde Vilma y José me llaman para jugar conmigo, aunque, en verdad, por ser unos niños tan simpáticos que saben cómo acariciar mi cabeza y rascar mi barriga, les hago creer lo contrario. Soy yo quien juega con ellos. Miau...

Capítulo 66

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Belleza rota

El viento acaricia mi cuerpo, juega con mi cabello, susurra a mi oído, besa mis labios resecos. En el horizonte un sol rojo desciende lentamente bajo la sábana del océano y en el cielo, las gaviotas revolotean un tanto inquietas. Abajo, encallado en un banco de arena, un buque petrolero tiñe de negro la playa por la que se arrastran con dificultad, pelícanos y gaviotas manchados del aceite. Aquel maravilloso ocaso podría hacerme llorar de emoción; pero el cuadro de muerte y destrucción, mezclado con él, me hacía llorar de impotencia e indignación.

Capítulo 67

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Ensayos

Son eso, meros ensayos. ¿Con qué fines? Notar las diferentes reacciones que provocho en esta comunidad en la que tengo tan poco tiempo, pero donde me muevo con la facilidad de un pez en el agua. Ni siquiera tienen idea de quién soy, o lo que soy. Voy y vengo, hago contacto, digo lo apropiado, lo conveniente y me hago de adeptos. ¡Sí! Me buscan, me alaban, me felicitan, aguardan mi próxima aparición mientras yo los incluyo en mi agenda personal. Ensayos. Eso eran las rameritas y los indigentes, pero no más. Esta noche empezaré a matar en serio y mis admiradores enloquecerán de horror; de pánico mientras les vacío sus arcas y sus entrañas.

Capítulo 68

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Placer femenino

Un espasmo, otro... ¡ah! ¡Qué delicia más grande! ¡Qué torrente de extrema calidez! Subiendo, bajando, rodeando mi cadera, la espalda; la tensión en mis piernas; el vientre a punto de estallar por esa especie de desgarre interno. Cierro los ojos. Lo disfruto. Debo disfrutarlo. No hay otra opción. Viene de nuevo, con mayor fuerza. Me muerdo los labios; aprieto los puños. Sé que pasará. Siempre pasa y evitaré que las lágrimas escapen de mis ojos. ¡Dios! Y fue el error de Eva quien nos legó este martirio. Gracias porque ocurre sólo una vez al mes.

Capítulo 69

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

De última hora

Sí. Volvió con él. ¿Y qué pasó antes de la primera semana? Los vecinos llamaron a la policía. Se oían gritos, muebles que se rompían o algo parecido. Cuando llegaron ni siquiera una hoja de los árboles se movía. El silencio era supremo. Tuvieron que derribar la puerta. Rastros de lucha. Sangre en las paredes, en el piso. Simon desayunaba su cereal, como cada mañana. Dina yacía al pie de la escalera con el cuello roto. Oliver la había lanzado después de un par de puñetazos al rostro. El quedó en el pasillo, atravesado con un atizador. El niño dijo que su padre no volvería a dañar a nadie.

Capítulo 70

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Un mal sueño

Con suma desesperación comencé a cavar sobre el reciente cúmulo de tierra. No podía ser verdad. No podía. Media noche y lloviendo a raudales. Una palada, otra y ansioso por llegar al fondo usé hasta mis propias manos para remover la tierra. Y el féretro quedó por fin a mi vista. Con rabia halé la tapa del mismo y con horror vi en su interior. No me habían engañado. Allí estaba, amortajado con el traje del abuelo Billy. Nunca fue un mal sueño. Aquella mañana realmente el pueblo entero me sacó de mi celda y me colgaron del viejo roble, tras la taberna. Y yo que creía que había logrado escapar.

Capítulo 71

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Felis catus

La curiosidad mató al gato. Se han reunido, de todos los barrios: siameses, angoras, abisinios, persas, domésticos, callejeros. Sobre las verjas y techos las gatitas lloran desconsoladas. La luna se desgaja entre las ramas de los árboles, observando discreta el sin igual duelo. Los ronroneros ancianos hacen rueda, torno al que ha perdido de pronto sus nueve vidas. Erizan el lomo, atusan los bigotes y los cansados, pero agudos ojos nacarados claman venganza: ¡Que alguien aniquile a esa tal curiosidad, antes de que ella termine con la estirpe!

Capítulo 72

Cuentos... de no sé dónde

por: Lupita Arciga

Cautiva

Quise salir, pero una fuerza extraña me obligó a retroceder, a continuar flotando en esta oscuridad, en la que ruidos extraños, grotescos me intimidan, me empequeñecen con la intención de hacerme desaparecer; pero no tengo miedo y en medio de ésta húmeda caverna crezco, me robustezco, sintiéndome nuevamente atraída hacia ese punto luminoso que aparece de pronto, halándome con una fuerza indescriptible, vigorizante... pero de nuevo sucede lo mismo. Algo me impide seguir, brotar, salir a la luz y dejar de ser anónima, relegada, indigente, muda, pensamiento oculto; palabra no pronunciada.

Capítulo 73

Cuentos...no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Espanto

Del tiempo que llevaba abandonada aquella casa no tenía noción. Eran muchos. Toda una vida, quizás. Recordaba que siempre que regresaba de la escuela le sacaba la vuelta pasar frente a ella. Las puertas selladas con tablones, lo mismo que las ventanas. Los árboles secos que la rodeaban le daban todavía más un aspecto tétrico. En el patio plagado de maleza sólo jugaban los perros callejeros. La gente decía muchas cosas. Que habían matado a los dueños durante una noche de tormenta de manera horrible. Que los posteriores propietarios habían muerto también de manera trágica; que algunos drogadictos se metían allí para inhalar o fumar coca, marihuana y que más de dos se había suicidado en el mismo sitio. La mayor parte de los vecinos tenían miedo. Había quien decía que se oían gritos, lamentos que provenían de la casa; que se vislumbraban luces misteriosas y sombras que helarían la sangre hasta del más bragado.

Si no pensaba en ello, esa extraña sensación que invadía de pronto su estómago no se presentaba. Se olvidaba, incluso de la existencia de la casa. Todas las tardes se reunía con sus amigos a jugar beis o fútbol. El juego los poseía de tal manera que no escuchaban las voces de sus madres ni notaban que la noche se les venía encima.

El "gordo" dio un buen batazo. La bola se elevó y se elevó, pero él no la perdía de vista. Con el guante listo se echó hacia atrás. Un poco más. Ese "gordo" sí que tenía poder. Sintió que la hierba seca le picaba las piernas, pero no quería perder la pelota. Por fin ésta picó entre sus pies, giró con fuerza en el suelo, levantando una nube de polvo y rodó rápidamente hasta golpear con aquel viejo piso de terrazo deslavado. Entonces se dio cuenta que estaba dentro del patio de la casa abandonada. De esa de la que sentía tanto miedo.

No sabía qué hacer. Sus amigos permanecían en la calle, mirándolo nada más. El sol no detenía su viaje hacia el horizonte, perdiéndose en él. Le pareció que la bola había quedado a sólo una zancada suya. No miraría a ningún lado, más que la pelota. La tomaría y saldría corriendo a todo lo que pudiera. Así lo hizo. Sólo tenía que alargar la mano y tomar la bola. A punto de tocarla, un viento demasiado fresco comenzó a correr y empujó la pelota hasta dejarla ante un hoyo que había en la muy vieja puerta.

El chiquillo miró el agujero oscuro. Otra ráfaga de viento la acercó un poco más al hueco y de pronto, una pequeña y huesuda mano la tomó y la

haló hacia adentro. El muchacho, con grandes ojos comenzó a jadear, con el deseo desesperado de gritar pidiendo ayuda; pero el miedo lo había enmudecido. Quería salir de ahí. Quería apartar la vista de la oscuridad, pero le era imposible. Un sudor frío le empapó en cuestión de segundos mientras, sin poder evitarlo, se orinaba.

Sus amiguitos notaban algo extraño en él. Podían escuchar lo anhelante de su respiración, que a más de uno le erizó la piel. De pronto lo oyeron soltar un escalofriante alarido y pasó corriendo entre ellos, blanco como una hoja de papel.

Son pocos los que se acuerdan de Daniel, el niño que se volvió loco cuando entró al patio de la casa embrujada. Dicen que sus padres tuvieron que internarlo en un lugar donde pudieran cuidarlo, porque ellos jamás pudieron hacerlo. Que lo tienen en una habitación siempre iluminada porque en la oscuridad, no deja de gritar y ver aquel rostro inexpresivo, cadavérico, de un niño de ojos velados asomándose por ese hoyo en la puerta.

Capítulo 74

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Perdida

Sale de la recámara con el permiso del diablo. Atrás quedan las botellas vacías. Un microbús se atraviesa en su camino, se desvía un poco sin detener su imprudente viaje. Raya un puesto de revistas y continúa hacia el parque; rasga la corteza de un árbol, cruza un paso de cebra sin que los peatones la adviertan, rompe los vidrios del bar e impacta en la espalda de un hombre.

El oficial redacta en su informe: muerte a causa de bala perdida.

Capítulo 75

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Retribución

En la esquina miro la luz del farol, llueve y tengo frío; un auto se detiene ante mí. Alguien pregunta cuánto cobro y sin esperar respuesta me invita a subir. Me lleva a un hotel de paso y, sin esperarlo, me hace disfrutar al máximo. Luego me entrega unos billetes que casi le devuelvo: preferiría volver a verlo. Aunque es un riesgo absurdo.

Vuelvo a la esquina con aire desenvuelto. Sigue lloviendo, aunque ya no tengo frío; otro auto para junto a mí. Esta vez no espero a que me invite, me apresuro a subir y me siento al lado del conductor, lo beso y lo escucho parlotear. El vaho de la rutina nos envuelve; pero ahora llevo una sonrisa en el rostro, en el cuerpo un rico cansancio y en mi bolso trescientos pesos extra.

Capítulo 76

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Elvis

El es el rey de la ciudad. Al cruzar por calles y callejas, observa displicente a los paseantes, como si se trataran de su escolta. Toma un breve descanso en la esquina para ser testigo indiferente de los arrumacos entre una pareja. Ella se queja del poco control de sus manos, él quiere llevarla a un lugar más íntimo. Un leve bostezo mitiga su calentura y, al encontrarse con aquellos verdes y enigmáticos ojos, ríen aliviados. Se marchan en busca de intimidad y él retoma su camino. La luna, su sierva favorita, ilumina sus pasos. Se apura, relamiéndose el bigote al oler la carne asada. Don Toño sonrío al verlo y gustoso le sirve. Con falso agradecimiento se restriega entre las piernas del taquero, no vaya a envanecerse y olvidar, que el único rey de la ciudad, es él.

Capítulo 77

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

La ciudad

Nunca había ido. En ella hay edificios tan grandes que si miras a ver hasta dónde llegan, te vas pa' tras. Todas las calles están pavimentadas y en cada esquina se ven muchachas reguapas: con zapatillas altas, faldas cortas, escotes relindos y tan bien pintaditas que hasta señores, con carro del año, les dan aventón pa' dónde quieran. Son hartos los coches que pasan de un lado a otro y uno se marea con el ruido y el humo que echan.

El Juancho me arrastra de la mano, como a su mula rejega: icasi se nos pasa el camión! Va tan lleno el canijo que en el apretadero pierdo mi bolsa, las peinetas de la abuela, el monedero que escondía en mi brasier, y hasta mi virtud.

Juancho jura que él no ha sido y yo ya no quiero volver a esa ciudad de locos ni por la feria.

Capítulo 78

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

La caja

Él tiene todos los juguetes del mundo, pero prefiere jugar con una caja vacía. Es su hogar, al que llega fatigado después de un tedioso día en el jardín de niños; su refugio, en el que se protege de esos miedos que a veces lo atosigan; su castillo, donde es rey y señor y desde él encabeza grandes cruzadas por la libertad y la justicia; la cueva misteriosa en la que no teme explorar y encontrarse con extrañas y nuevas criaturas, que muy seguramente llevarán su nombre y lo conocerán en todo el mundo; generación tras generación.

Una simple caja de cartón que hace de su imaginación todo un universo de posibilidades.

Capítulo 79

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Pesadilla

La mujer siempre camina delante de mí. Viste de negro, tiene el cabello largo y yo debo alcanzarla. ¿Por qué? No tengo idea. Apuro el paso, tiendo mi mano con la intención de tocar su hombro y llamar su atención, pero es cuando despierto. Estoy entonces en una habitación enorme y vacía; sin ventanas ni cuadros en las paredes grises. Hay una abertura y salgo por ella a un callejón lleno de cajas y botes de basura. Camino un tanto aprisa, esquivando cada obstáculo. De pronto, la sensación de que alguien me sigue me pesa. No me atrevo a mirar atrás. Escucho sus pasos adelantándose, su respiración casi en mi hombro, quiero gritar y despierto agitada, bañada en sudor. Tu sudor, maldito.

Capítulo 80

Cuentos...no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Sueño gótico

Estoy sentada bajo un puente de piedra, rodeada de una espesa niebla. A mis pies, tu viejo violín yace silente. Tus manos virtuosas no lo tocarán jamás. Sus notas se pierden, ya no estremecen mi alma ni desquician mis sentidos. Sueño, estoy segura porque mis pies están desnudos y yo jamás salgo a la calle descalza. Me obligo a despertar: un mundo sin ti es una tristeza perpetua. Me espabilo angustiada, pero sigo bajo el mismo puente, la misma niebla y ese día que jamás llega. Tu violín flota en las aguas oscuras. Se agita mi pecho; es otro sueño, lo sé. ¡Despierta!, me obligo. Ahora el puente se aleja, la niebla me cubre y es la noche la que me envuelve. Floto en las aguas del río. El arco de tu viejo violín me atraviesa el corazón. Tal vez sigo soñando.

Capítulo 81

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Presagio

Para alcanzar la muerte no hay vehículo tan veloz como la costumbre. Pero de ello ni Frida ni Claudio parecían darse cuenta. Eran fieles a su rutina diaria de comer y cenar en el Mc Donald's de aquella esquina. Entre bocados hacían pausas para resoplar o dar un sorbo a su refresco dietético, o para reírse de las ocurrencias de su vecina, la cartomanciana. Les pidió encarecidamente no acudieran ese día al restaurante; las cartas le habían dicho que su desorbitado peso les causaría la muerte.

Ambos reían, atragantándose con las hamburguesas y las papas fritas, rechinando su doble asiento, cuando un microbús sin control atravesó la ventana junto a la que se hallaban. Un impacto fuerte. La pareja resultó ilesa. Una persona muerta: su vecina, la cartomanciana quien al parecer equivocó su lectura.

Capítulo 82

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Quimera

Sobresalía insurgente, erguido entre el par de nueces y no me resistí a la invitación. Deslicé mis dedos por toda su largura y lo despojé de esa capa que lo protegía, vedándome su naturalidad. Me estremecí al recibirlo en mi boca y lo saboreé con deleite. Los ojos cerrados; recostada en el sofá con las piernas apretadas, tragué satisfecha.

Mi ración de potasio estaba completa.

Capítulo 83

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Ebria

Preguntas si me he embriagado alguna vez. Si he dejado que los alcoholes dominen mis pensamientos y movimientos; mis palabras y ademanes. No. Jamás. Porque los alcoholes me hacen daño. Los tengo prohibidos desde el vientre materno.

¿Y querría yo embriagarme? Sí. Pero de ti. Ebria total. Perderme de este mundo para explorar el tuyo. Beber sin medida de la profundidad de tus ojos; briaga sin prisa de tus labios, que entonan canciones que hablan de la verdad.

Pero recuerda que soy inexperta. Que he deambulado demasiado tiempo entre los páramos de la sobriedad. Entre campos de café negro y agua chile. Enséñame tú. Que si he de excederme de ti; en ti, que sea con tu guía.

Sola no puedo. Sola no debo y ya no quiero ser abstemia.

Capítulo 84

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Menta

Me llevo un dulce a la boca. A ver si así se me quita el mal sabor. En lugar de refrescarla, tengo la sensación de que muerdo leños que arden.

Maura siempre ha preferido el clima cálido. Le encanta vestir ligera; que los demás se den cuenta de la mujer bien hecha que es. Nació sensual. La he encontrado dándose un baño con el vecino. Su esposa tuvo un accidente hace seis meses y ha quedado cuadripléjica. Le sabe a nada hacer el amor con ella; pero Maura es un encanto: compasiva como ninguna otra. Trituro la menta de fuego, mientras dirijo la camioneta por la parte trasera del cementerio. En esta calurosa noche, el par de bastardos son dos bloques de hielo, cuerpos desnucados que derrito antes de la media noche en el crematorio. Es una ventaja ser el encargado del incinerador municipal.

Para mí, hacer el amor con una cuadripléjica, me sabe a menta ardiente.

Capítulo 85

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

La batalla

He luchado con todas mis fuerzas y mis armas. El reto ha sido constante: audaz, inteligente, perseverante, como ningún otro. Sin dar un paso atrás. Siempre adelante y con toda decisión. Me ha diezmado. Agotado mi fuerza y mí ya por demás ridícula posición ante una batalla, perdida desde el inicio.

Me rindo. Dejo de luchar. Bajo la guardia y entrego mis armas.

Tú ganas amor.

Capítulo 86

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Los otros

Silvia deja a un lado su lectura. Un capítulo del libro o novela en turno antes de dormir, siempre le agrada. Daniel hace horas que duerme y ni siquiera se da cuenta cuando se arrellana a su lado, en busca de su calor. Restriega con agrado su mejilla contra su fuerte espalda y cierra los ojos, en busca del reparador sueño. Casi al instante, los abre de nuevo. Un ruido en la habitación. Un ruido que no es nuevo para ella. Lo ha escuchado a lo largo de toda la semana. Se lo ha dicho a Daniel, pero como siempre, lo ha dejado para otro día. Trata de ignorarlo. Ha funcionado en otras ocasiones. Silvia se duerme y se olvida de él. Pero ésta noche parece que será distinto.

Se sienta en el lecho, poniendo atención. Ahí está de nuevo. No puede despertar a Daniel. Lo que sea que anda por ahí podría irse entonces. Deja la cama lo más sigilosamente que le es posible. Camina sobre las puntas de los pies, dejándose guiar por el sonido. Es en el conducto del aire. Algo se arrastra por él. La mirada fija en la rejilla. El corazón duplica sus palpitaciones. No sabe cómo describir lo que ha empezado a escurrirse por la pared, formando una masa dúctil que ahora flota hacia ella.

Debe ser un sueño. Otro de sus fantásticos sueños que después le dan pauta a nuevos relatos. Está cerca. Tan cerca, que si pudiera moverse, lo tocaría. Comienza a brillar: rojo, amarillo, verde, azul. ¿Se comunica con ella? ¿Qué quiere? Trata de hablar, de llamar a Daniel, pero entonces, de la "cosa" escapan un par de tentáculos o cuernecillos, como los que poseen los caracoles de jardín. Se alargan y contraen hacia ella; titubeantes, cree.

Pero no. Ha alcanzado sus fosas nasales y se cuelga por ellas como chorros helados. Silvia siente cómo invade su cerebro. Siente cómo lo devora sin siquiera oponer resistencia. Los ojos en blanco. El cuerpo entero en tensión. En el lecho, Daniel ha cambiado de posición y al hacerlo se da cuenta que Silvia no está a su lado. Un tanto amodorrado, levanta medio cuerpo y ve a su esposa de pie, mirando hacia la rejilla del conducto de aire.

— ¿Silvia? —le habla en medio de bostezos— ¿Qué haces ahí, amor?

"Esperando a los otros..."

Capítulo 87

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Obsesión

Llueve ligeramente. El frío es intenso, como hacía mucho tiempo no se sentía en nuestra región. Las calles desoladas. Ni un osado dispuesto a retar las imposiciones de la naturaleza. Tengo a la vista la casa de enfrente. El día nublado, lluvioso parece no avanzar. Lo mismo da si son las diez de la mañana o las seis de la tarde. Miro de nuevo hacia la casa de enfrente. Hace, no sé, dos o tres semanas que tengo una curiosidad u obsesión por esa casa... la ventana, con su cortina violeta recogida. Oscura. No se adivina nada de su interior, pero no me interesa su interior.

El sonsonete de las gotas golpeando el techo de lámina; el frío y yo mirando hacia la casa. Hacia esa ventana con su cortina recogida. A lo lejos escucho "vocear" el periódico del día. "La inseguridad se duplica. "Un autobús fue asaltado por un solitario hombre fuertemente armado. "Asesinan a tres...". No logro escuchar dónde y si hay sospechosos o detenidos. Sigo mirando. Esperando. La lluvia ha humedecido la fachada de la casa. Tiene años sin remozarse; sin pintarse y hay zonas muy deterioradas. La ventana oscura. Nada ni nadie se asoma por ella. No sé por qué ésta necesidad. Esta obsesión de verla de nuevo en esa ventana. De verla sonreírme y saludarme con la mano. No lo entiendo. Si sé perfectamente que ella tiene ya tres semanas de muerta.

Capítulo 88

Cuentos...no sé de dónde

por: Lupita Arciga

El baldío

No, pos sí, eso de morirse está cabrón. Hay un relajo en el pueblo, por un terreno de 45X40 en la pura esquina de Reforma y Angostura. Los hijos de don Lino Villegas andan a la greña con el presidente municipal y las damas de Sólo por Ayudar; hasta el padrecito Quirino entró en la bola; quesque don Lino les dio su palabra que cuando estirara la pata, ese terreno sería pa' ellos. Pero el viejillo ladino no dejó nada por escrito y `ai tienen que todos quieren el pedacito de tierra.

Mientras ellos se pelean, los chamacos del barrio siguen jugando en él al fut y al beis; don Lino, sin pena ni gloria se pudre en su cajón y yo voy corriendito a la tienda, por más vaporub que ya no aguantamos la peste.

Capítulo 89

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

En la hierba...

Aprecio la noche. Las estrellas brillan con intensidad. Intento reconocer las constelaciones ante mí, pero de pronto las estrellas comienzan a girar y es como si desaparecieran dentro de un embudo. El manto de la noche licúa las estrellas y el cielo oscuro de una boca gigantesca se lo traga todo. También a mí. Es inevitable. Giro en el ojo de un huracán cósmico y no tengo idea dónde va a parar.

Planetas, galaxias, estrellas diversas giran a mi par. Alargo la mano y las toco. Las tomo. Puedo comerlas. Las estrellas saben a sueños realizados, con un toque de bavaria y canela que enloquece. La consistencia de los planetas no es muy de mi gusto; se deshacen como los polvorones, pero saben a pinole tatemado en exceso y algunos terrones desquebrajan las muelas.

Las galaxias son otra cosa: universos nuevos, confines inalcanzables. Una cucharada y tienes deseos de más. Hace frío. El tornado ha terminado. Hay que volver a la Tierra. ¡Uy! ¡Me quemo! Mi ropa se consume. Mi carne y huesos se consumen. Soy ceniza que cae del universo en agua fresca. Pura.

Un nuevo panorama se abre ante mí: irisado, luminiscente. La canción de los colores me transporta, me transforma en ecos con materia. Soy sonido envolvente que mueve tu cuerpo. Bailas y bailo contigo. Los brazos abiertos, la mente en la nada. Entro por tu boca, por tus ojos y nariz. Estamos juntos. Al fin somos uno.

Tú y yo. Yo contigo y tú conmigo. Fundidos. Amalgamados. Pasta grumosa, brillante en la noche más oscura. Cielo estrellado y en tus pupilas, apreciamos la noche.

Capítulo 90

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Crisis

Que el viento me traiga un billete de quinientos pesos. Cada quince días. Este vendrá del monte. De lo más profundo. En medio de mezquites ramosos. De una bolsa deportiva, que fue lanzada de una avioneta por manos nerviosas en horas de la madrugada. El roce con las ramas de los mezquites corrió ligeramente el cierre de la tal bolsa. Un poco nada más porque de lo contrario el viento desparramará el dinero y no queremos que llame la atención, ¿verdad?

Sólo un billete de quinientos y cada quince días. No soy muy ambiciosa, pero sí siento encontrarme al borde de un ataque de nervios. Las deudas me ahogan, el trabajo no abunda, los niños quieren esto, aquello y la puerta que me salvaría no tiene manija. Olvidaron ponérsela.

Quinientos pesitos que me darían un respiro. Leve. Efímero, pero al fin y al cabo un respiro.

Aire bendito. Corre. Anda ve y forma pequeños remolinos en el monte; recórrelo jugando con las ramas de los mezquites, con las bolsas de basura que la inconsciencia de los hombres lanza noche tras noche en sus terrenos. Encuentra esa bolsa repleta de dinero mal habido. Ingéniate para sacar solo un billete de quinientos. Sacúdelo, arrástralo, goléalo contra piedras, troncos rugosos, maltrátalo un poco que eso lavará la corrupción, las lágrimas y sangre que pudieran mancharlo. Levántalo. Que don Diego, con ojos de sapo toro miren el azul de cielo, el vuelo de las garzas y los gavilanes. Confúndelo entre las hojas secas de los árboles y ven, déjalo entre las agujetas sueltas de mis tenis viejos; enróllalo como un trozo de papel inservible y compra para mí un día más de esperanza.

Capítulo 91

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Cabezones

Los cascos en aquellos cuerpos pequeños los hacían lucir grotescos. Al verlos de pronto tuve un vuelco en todo mi ser. No era una alucinación, no era la broma tonta de alguien: un par de alienígenas estaban en mi sala.

Ellos en su lugar. Yo en el mío. ¿Qué podía decir o hacer? ¿Alguna vez imaginé un encuentro igual? Sí, pero jamás lo consideré posible.

Llevo en mis manos un sándwich de jamón, con queso, lechuga, tomate, algunas rajas de chile y en la otra una coca cola bien fría. La mayonesa y la mostaza comienzan a resbalar por mi muñeca; igual la coca cola, suda más que yo y una fría gota se desliza por mi brazo, haciendo parada en mi codo. Podría preguntarme si bajo aquellos cascos hay un rostro amable, con unos ojos expresivos en lugar de los vacíos y fríos que nos muestran en las películas. O uno horrendo, con tentáculos móviles y respiración autónoma, dentadura como sierra, mirada supurante capaz de emitir rayos que me desintegrarían en un parpadeo. Pero no es así. En lugar de ello pienso qué esperan para actuar, porque yo no tengo toda la noche y no quiero perderme el nuevo capítulo de Castle. Tampoco sé quién está más sorprendido, si ellos o yo.

Me impaciento. ¿Tendré que ser la de la iniciativa? Odio que dejen todo en mis manos. ¿Cuándo harán algo los demás?

Escucho un ligero cascabeleo. Del pasillo oscuro sale el "mostacho", mi terrier de pelo suave y al descubrir a los desconocidos emite uno de sus sonoros y estridentes ladridos.

Los pequeños de enormes cascos, dan un brinco tal, que al golpear con el techo abren un boquete y se pierden en la profundidad de la noche.

Sólo espero que no llueva.

Capítulo 92

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Vanguardista

Horribles aves sobrevolaban el pantano cubierto por una estela neblinosa, sus graznidos erizarían la piel de cualquiera. Del nauseabundo lago, emergió de pronto la más hermosa de las mujeres, cubierta únicamente por los oscuros rizos de su extensa cabellera y los voluptuosos pechos meciéndose al ritmo de su andar. De provocativos labios y negros ojos enigmáticos. No pude resistirme, dejé la roca tras la que me escondía y salí a su encuentro para postrarme a sus pies e hiciera de mí cuanto deseara. Ella levantó una de sus finas manos y con un temblor de su dedo me convirtió en un verrugoso sapo. Me tomó con delicadeza y estimuló mi sexo. Desde entonces soy su consentido: mi esperma le ha resultado el mejor dentífrico del mundo.

Capítulo 93

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Eran dorados

Ahí estaba. ¿Cómo era posible que nadie más que yo pudiera verlo? Se acicalaba sin que le importara que yo lo observara. Sus garras espantosas; su cabeza escamosa, adornada como con púas. El largo y agudo hocico lamía y relamía las manos con uñas filosas que luego deslizaba contra su testa. Alargaba y echaba atrás su cuello flexible para limpiarlo también. Se me erizaba la piel, pero nunca podía dejar de verlo ni moverme de mi sitio. Noche a noche era lo mismo. Noche a noche se lo decía a los otros: ¡Había un dragón de cinco metros de alto en nuestro jardín y no me creían! Se reían de mí burlándose; diciendo que sólo era el viento moviendo las hojas de la palma. Esta noche no corre viento; la palma la cortaron los de la Comisión... pero yo sigo viendo al dragón. El también me ha visto y avanza, en medio de la noche, hacia nuestra casa, resplandeciendo en sus ojos dorados, las llamas del infierno.

Capítulo 94

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

De goma

Despertar y descubrir que no era más una persona, sino una pelota de goma, fue impactante. Al principio creí que me volvería loca, pero sopesando la situación, no es tan grave. Ya no estaría sujeta a una vida predeterminada; no seguiría más una rutina. Mis días serían diferentes pues diferentes manos jugarían con mi redondez; esa, que antes me causaba vergüenza y hoy es mi orgullo. Siempre quise volar, tratar de rozar las alas de un ave, mirar el mundo desde lo alto; arriba y abajo; lejana y cercana a la vez. Botando y rebotando por doquier. Me fascina.

Capítulo 95

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Departamento 21

La muertita era la casera del edificio once y todos sus inquilinos la odiaban. El suyo, bien podría considerarse un penn-house, y el resto unas pocilgas, rentas elevadas, servicios deficientes, constantes riñas. Motivos pa' deseársela la muerte no faltaban. ¿El modo? Le apretaron el pescuezo hasta asfixiarla y la sentaron junto a la ventana, mirando con ojos vacíos hacia la calle.

Si estuviéramos en Londres, el mayordomo sería el perfecto "chivo", pero estamos en México: las chachas y el ama de llaves son las que rifan, pero ni eso. La ruca no soltaba prenda ni pa' una fámula. Puertas y ventanas no estaban forzadas.

Se me hace que éste es otro jodido caso sin resolver; aunque, lo más probable es que la haya matado su pinche soledad y a esa, nadie la para.

Capítulo 96

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Pulsión

Se retorció con aire desesperado. Ya alargaba un brazo, ya una pierna, ya levantaba la cabeza en busca de esa meta deseada. La lucha era denodada, exhaustiva y por momentos el triunfo parecía inalcanzable.

A las once de la mañana de un lluvioso día de agosto, al fin alcanzó la victoria: salió del vientre de su madre.

Capítulo 97

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Revolución

Calzonudos contra pelones; adelitas contra encopetadas. Vuelan rifles, cananas, moños, rebozos y diademas sin que nadie pueda controlar aquella revolución. Los gritos aumentan, igual los chillidos y aquel 20 de noviembre en el kínder termina como cada año: con madres limpiando lágrimas, mocos y pequeños maltrechos sin recordar por qué empezó todo.

El diablo metiendo cola.

Capítulo 98

Cuentos... no sé de dónde

Por: Lupita Arciga

Pasión

En la clase de piano, él disfruta el momento de estar a su lado y tocarla; enderezando su espalda; acomodar sus manos en el teclado y llenarse del delicado perfume de su cuerpo mientras le explica, con el celo apasionado del músico y muy cerca del oído, la importancia de sentir y hacer suya cada nota.

Ella, en cambio, cuenta los minutos para terminar y llegar a su cita con Sofía. La llevará por primera vez a su departamento. Está ansiosa. Feliz. Enamorada.

Capítulo 99

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Alma borrascosa

Los dos gozábamos la furia de los elementos. Aquella noche bajo el puente, el río bullía destructor como marco de nuestro deseo. Le revelé entre gritos vehementes que lo adoraba. Ofuscado, me acusó de loca, de imprudente. Si desde siempre yo sabía que amaba a otra; ¿por qué hacía estas torpezas?

Le tenía veneración y si no era conmigo, no estaría con nadie más. En un arranque de rabia lo empujé, lanzándolo a los rápidos.

A los tres días lo encontraron en la desembocadura, hinchado de agua y barro. Para mi hermana –que nunca imaginó nada– fue un golpe terrible. Iban a casarse pronto; pero yo la consuelo. La quiero tanto, aunque no soporto verla feliz.

Capítulo 100

Cuentos... no sé de dónde

por: Lupita Arciga

Sacrificio

Vestido, zapatos, un peinado lindo; accesorios adecuados. La toga, el birrete; esa tensión por la ceremonia y la entrega de papeles; estrés total. Para colmo, tus padres se presentan con la ropa de siempre y sus zapatos viejos. Les pides que regresen a casa y tus viejos consienten.

Llega el fotógrafo, el del vídeo; tus amigos, los honores, el título, la fiesta...

Los viejos a casa. Con el pecho lleno de orgullo y de tristeza.